

Te quiero pero no estoy

enamorada

de ti



Esther Llull

Te quiero pero no estoy enamorada de ti

ESTHER LLULL

Copyright © 2020 Esther Llull

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798621391928

Para B. A.
Te quiero y estoy enamorada de ti.

CONTENIDO

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)

“Una mujer tiene miedo, mucho miedo, al futuro. Cree que la despedirán, que no podrá pagar la hipoteca, que sus amigas la despreciarán, que su marido dejará de verla como a una mujer interesante... Esa misma noche, sale a cenar con su esposo, pero ella no disfruta del ambiente porque no puede dejar de tener miedo por su futuro. ¿Por qué se recrea esa mujer en las emociones negativas, en vez de focalizar sobre las positivas? ¡Ah!, ésa es una trampa típica de un cerebro sofisticado, que no encuentra un cauce constructivo para la energía y las posibilidades que encierra”.

(Elsa Punset, entrevista)

“Voy a dejar constancia de mi regreso a la vida, es decir, a escribir, por el medio de comenzar un nuevo libro, y observo que hoy es el aniversario de Thoby. Si no me equivoco, hoy hubiera cumplido cincuenta años. Después de regresar aquí tuve la habitual -¡y cuán habitual!- jaqueca; y estuve acostada, como una fibra o un músculo agotados, en mi cama de la sala de estar hasta ayer. Ahora vuelvo a estar en pie y en activo; con una nueva imagen en la mente; mi desafío a la muerte en el jardín.

Pero la frase con la que iba a comenzar este libro en el que estoy escribiendo era “nadie ha trabajado jamás tan duramente como yo trabajo”, exclamada en el momento de colocar un sujetador de papeles en las catorce páginas de mi Hazlitt, hace unos instantes”.

(Virginia Woolf, diarios)

Capítulo 1

Se había dado la circunstancia de un feliz acontecimiento en la universidad. Se celebraría un baile en honor a una causa benéfica, la recogida de fondos para los niños abandonados en el mundo. Birgitte asistiría con Ignatius, que eran compañeros de tesis, aunque tenían diferentes tutores. Llevaban haciendo la tesis desde hacía dos años y se avecinaba el tiempo de tener que presentarla al mundo académico.

El encuentro festivo iba a suponer la primera oportunidad que se le presentaba a Birgitte para salir con Ignatius y de hecho fue ella quien le solicitó para que la invitara a bailar ese día. La verdad es que Ignatius estaba algo cohibido y había que alentararlo, al mismo tiempo que ella consideraba que habían trabajado ya lo suficiente para poder merecer ese tiempo de asueto.

Ignatius tenía una profesora, Marie, muy dedicada a él. Entre ellos había respeto pero también admiración. Y él creía secretamente que podría conquistarla algún día. Pues creía en el poder de su admiración y su bondad hacia ella.

Por su parte, Birgitte tenía otro tutor, Frederick, un profesor con grandes dotes académicas, gran precursor de ideas, que había estado casado pero que ahora se encontraba divorciado y sin responsabilidades de hijos.

Birgitte se presentó en la sala del departamento el día de la fiesta y con gran interés su profesor la observó el primero. Vio con satisfacción la elegancia de su aspecto en general, así como su acentuado atractivo. La distinción y propiedad de su vestido fue cuanto Frederick, su profesor, se permitió alabar delante de ella, pero en su mente pensó con decidido elogio sobre su belleza. Birgitte notó que su aspecto merecía su aprobación y producía un buen efecto en los presentes. Y pronto se sintió más feliz aún, cuando pudo reunirse con Ignatius, que salía de su oficina y mantenía abierta la puerta, y al pasar ella junto a él, le dijo:

—Tendremos que bailar, Birgitte. Ahora salgo, porque he tenido reunión.

Ella no podía desear más. Ni casi había estado nunca tan cerca de la felicidad, en toda su vida. Consideraba que realmente era algo encantador poder hacer algo fuera de costumbre con su compañero de estudios.

Transcurrió media hora que, en otras circunstancias, le hubiera parecido, cuando menos lánguida, hasta que todos los presentes estuvieron reunidos en el hall de la facultad y dispuestos para unirse a la fiesta. Les acompañaban sus tutores y otros colegas. Y en el ánimo de Birgitte aún permanecía la felicidad, solo de pensar en el baile o incluso de pensar en una conversación que todavía tenía pendiente con Ignatius. ¿Y qué importaba el desasosiego de los demás o los bostezos de aburrimiento de su tutor?

Ella se reunió con Marie, haciendo fuerza entre dos mujeres, y luego vendrían los hombres por ellas. Parecía haberse difundido una predisposición general a la alegría y el desenfado, mientras estaban de pie hablando y riendo, y el momento tenía su encanto y aportaba una ilusión.

Birgitte comprendía que tras la jovialidad de su amigo, Ignatius, tenía que haber una lucha, pero era delicioso ver como triunfó su esfuerzo por sacar adelante su tesis y que esto ya era un hecho digno de mención.

Sin embargo, la alegría de su corazón quedó un tanto amortiguada con la presencia de tantos extraños e hizo que se replegara en sí misma, además de la gravedad y formalidad que tenía el círculo de las personas invitadas y que eran más influyentes.

La entrada de ciertas personas responsables y de las misiones, personas con rasgos étnicos y diversos mestizajes, fue una coyuntura favorable. Pronto cedió el envaramiento de la reunión ante su trato más democrático y sus mayores demostraciones de confianza. Formáronse pequeños grupos y todos se sintieron más a gusto. Birgitte acusó la ventaja, pero no pudo evitar que sus ojos se posaran alternativamente, ya en Ignatius, ya en Marie. Esta estaba realmente encantadora... ¿y cuál no sería el resultado? Sus meditaciones quedaron interrumpidas al descubrir ante sí a su tutor, Frederick, y sus pensamientos se encauzaron en otro sentido, casi al instante, al pedirle éste que le hablara de la “limerencia” que era un concepto novedoso que ella había introducido en su tesis. Tras una serie de pesquisas, alborotos de otra parte, con sus meditaciones hizo que sintiera una felicidad humana y diversa. Pero notó en él una agudeza que no le gustó y al percibir que echaba una ojeada a la gargantilla que ella llevaba puesta, se malició con una sonrisa que la hizo enrojecer, pues había sido un regalo de cumpleaños de él. La gargantilla no tenía un valor especial pero la hizo sentir desventurada ante el aspecto que él ponía. Y aunque no hubo una segunda ojeada que la inquietase, pues la intención de Frederick no era otra que la de hacerse sencillamente agradable, ella no conseguía salir de su azoramiento, ni pudo sosegar hasta que él miró hacia Marie y le hizo una señal de saludo, y acercándose un poco a ella:

—Le he dicho a Birgitte que nos tiene que dar una lección sobre el concepto de limerencia. Tú también deberías escucharla, en lo que toca a la cuestión del sexo femenino.

—Sí, claro que me gustaría escucharla. Pronto será Ignatius quien nos dicte la tesis. ¿Como va la tuya, Birgitte?

—Creo que va bien. El concepto de limerencia y la fase de limerencia merecen la pena ser estudiadas. Se han investigado hasta treinta y siete culturas del mundo donde se dan esos mismos síntomas, y que son sentimientos intrusivos y obsesivos. Tú conoces a alguien y piensas todo el rato en él o ella. Y no sabes qué te pasa, porque tienes casi un dolor físico, tienes la sensación de que te duele, una gran incertidumbre. Todo esto se da en la etapa del enamoramiento y es una fase obsesiva. Es más típico en la mujer pero también en el hombre.

—Ya lo creo —dijo Marie— que es importante. Es una etapa que hemos experimentado muchos. Y se puede sufrir bastante y ser bastante injustos con la persona que sufre o que es víctima de esa sensación.

—Exactamente —contestó Birgitte—. Eso es lo que creo importante, a la hora de estudiar la limerencia. Porque puede ser correspondido el enamoramiento y entonces te parecerá que caminas sobre el aire, que caminas feliz, que estás en un estado zen, todos hemos pasado por ahí. Pero hay otro síntoma típico y es el miedo a que la persona que quieres te rechace y uno se vuelve inseguro. Y es más, todo te parece poco importante. Es decir, comparado con eso, lo otro tienes que atenderlo, pero no te interesa mucho. Sólo te interesa la persona amada y sólo ves lo bueno de ella. Y tienes la sensación de que la vida merece la pena ser vivida por ese amor, que ese amor que sientes hace que merezca la pena todos los esfuerzos. Como verás o podrás imaginar, todo esto al final puede ser muy autodestructivo. Y no existe ninguna legalidad en torno a la mujer que nos defienda. Es decir, sí existió algo en la legislación antigua y del derecho romano. Pero actualmente todas las cuestiones que abordan la honestidad o que abordaban este concepto se consideraron discriminatorias y se abolieron en la nueva ley. Yo no intento rescatar el concepto de moralidad, pero sí el de limerencia. Y es, por eso, que estudio las diferencias básicas.

Marie escuchaba, pero no encontró cumplidos o insinuaciones que hacerle. Pero Frederick la miraba con el brillo de sus ojos, que podían brillar aún con más fulgor, y exclamó con vehemente satisfacción:

—Me estoy acordando de una frase de Stendhal, el escritor francés, que decía que los placeres del amor están en proporción al miedo que provoca. Pues entonces es un poco como eso, es una sensación muy insegura.

—Sí, es una alegría intensa pero no estás nunca seguro, estás en una situación estresante. En realidad, la etapa de limerencia la tienes que distinguir del verdadero amor o del amor que es esa alegría intensa de estar con el otro. Y eso lo ves cuando el amor resurge en una pareja después de una separación o de una reconciliación o una situación estresante. Luego resurge un amor más estable y ya no tienes tanto miedo.

—Tanto miedo —exclamó Frederick— como puede tener ahora Ignatius. Míralo, por ahí viene.

Birgitte sintió su corazón oprimirse cuando lo vio acercarse. Se hallaban en el salón de baile y era un baile de gala con repertorios de música clásica. Al momento, Ignatius se les acercó y preguntó a las dos jóvenes mujeres que si querían bailar.

—Tal vez puedo reservar un baile para cada una.

—Sí —replicó Frederick—, y yo me reservaré el siguiente, si me aceptan las damas.

Frederick se condujo hacia Birgitte, al tiempo que le decía algo que le reveló que era ella quien debía encabezar y abrir ese pequeño círculo de baile... una idea que jamás se le había ocurrido. Siempre pensó que Ignatius lo abriría con Marie. Porque ella sabía que Ignatius estaba secretamente enamorado de su profesora. Lo sabía por la forma como la rehuía y, al mismo tiempo, deseaba estar con ella. Había síntomas de limerencia de los que ella se percataba, como el miedo y la inseguridad, además del deseo de complacerla en todo y de gustarle. Pero Frederick sonrió cuando vio que ella miraba hacia otro lado y trató de animarla y luego dijo con suficiente decisión y poniéndose demasiado serio para que ella se atreviera a aventurar otra palabra:

—¿Me permites este baile?

Y al instante se vio conducida por él hasta un punto del salón donde se aguardaba a que las parejas se formasen una tras otra en hilera.

El baile empezó. Constituyó más bien un honor que una dicha, al principio cuando menos, para Birgitte. Su pareja estaba de excelente humor e intentaba comunicárselo a ella; pero estaba algo

asustada como para disfrutar. Era joven, bonita y algo ingenua todavía, a pesar de su gran capacidad intelectual. Pero, en verdad, era una persona muy cohibida que no había desarrollado bien su vida emocional. Era atractiva, era modesta, motivos suficientes para merecer el favor de su tutor. Este estaba orgulloso de su alumna, y sin atribuir todo su encanto a su vida en la universidad, él estaba satisfecho de sí mismo por haberle proporcionado unos buenos medios de investigación y haber dirigido su talento con sentido.

Mientras Frederick permanecía así de pie, preparado para danzar, era observado por Marie que adivinaba buena parte de sus pensamientos. Y permanecía en ella un deseo general de acreditarse a sus ojos, ya que ambos eran colegas, y aprovechó la oportunidad de pasar por su lado con su pareja para decirle algo agradable sobre Birgitte. El elogio fue caluroso y él lo acogió como se podía desear, suscribiéndolo con todo el entusiasmo que consentían las buenas normas.

Pero Marie erró por completo el tiro, en cambio, en sus intenciones de complacer a la misma Birgitte. Pretendía infundir a su corazoncito un aleteo de emoción y llenarla de gratas sensaciones al hacerla consciente de su propia importancia; y dando una interpretación errónea al rubor de Birgitte, persistió en la misma idea cuando se dirigió a ella al término del baile y le dijo con mirada significativa:

—¿Acaso podrías decirme por qué Frederick se marcha mañana a una conferencia en Viena? Dice que tiene allí asuntos que resolver, pero no me dice cuáles. ¡Es la primera vez que me niega su confianza! Pero esto es lo que nos ocurre a todas. A todas nos suplantán, tarde o temprano. Ahora para informarme, tengo que acudir a ti. Por favor, ¿qué va a buscar Frederick en Viena?

Birgitte protestó, alegando su ignorancia, con toda la energía que le permitió su turbación.

—Pues bien, entonces —replicó Marie, riendo—, debo suponer que va para obtener alguna adhesión de un gran profesor para tu tesis.

Birgitte quedó confusa, pero con la confusión del disgusto; mientras Marie se asombró de que no sonriera y la consideró excesivamente inquieta y muy rara, o cualquier cosa antes que insensible a las preocupaciones de su profesor. Birgitte gozó mucho en el transcurso de la velada; pero las atenciones de su profesor tuvieron muy poco que ver. Mucho más hubiera preferido no verse solicitada de nuevo por él tan pronto. Forzosamente tenía que notar que él la hacía objeto de todas sus preferencias, aunque no podía decir que resultara enfadoso, que hubiera indelicadeza ni jactancia en sus maneras. Y a veces cuando hablaba de su tesis no era en realidad desagradable, y

mostraba un entusiasmo que le honraba. Pero a pesar de todo no contribuyeron esas atenciones a su satisfacción. Ella sabía que él tenía un pasado, incluso se le había visto tonteando con otras profesoras. Ella no creía en la constancia de sus sentimientos por ninguna mujer. Parecía en efecto un ser que jugaba con ellas, pero para no ser dañado él o para no ser maltratado si es que podía él serlo. Pero ella era feliz al saberse admirada; y ella era feliz al tener todavía por delante el baile con Ignatius. Tenía un indefinido compromiso con él en continua perspectiva. Y esa era la primera vez que ellos bailaban. Y hasta Birgitte fue feliz cuando el baile aconteció pero no sólo por esto, sino porque fue la primera vez que se miraban directamente a los ojos más de un segundo. Pero Ignatius parecía que tenía el ánimo decaído, fatigado, y la felicidad de Birgitte se fundaba ahora en el hecho de ser ella la persona amiga cerca de la cual pudiera hallar reposo.

—Estoy exhausto de tanto hablar —dijo él—. He tenido que ser presentado a diversas personalidades. La verdad es que mi tesis tiene que causar impresión cuando hablo de las teorías desigualitarias en la historia. Y estudio la influencia de las ideologías actualmente. Pero en ti, Birgitte, ahora he de hallar reposo. No necesitarás que te hable. Permitámonos el lujo del silencio.

Birgitte casi prefirió abstenerse incluso de expresar su conformidad. Una lasitud que provenía en gran parte, seguramente, de los mismos sentimientos que nunca se atrevía a confesar, pero que merecía ser respetada. Y ambos bailaron con tal formal sobriedad que para un observador imparcial como Frederick tuvo que convencerse de que entre ellos no había más que sentimientos de amistad.

La velada había procurado a Ignatius poca satisfacción. Su profesora Marie se mostró muy alegre al bailar con él, pero no era aquella alegría lo que podía hacerle bien. Antes abatió que levantó su ánimo. Y después llegó de nuevo a afligirse por completo con su modo de hablar acerca de la teoría de la justicia en su tesis, y que ella consideraba poco razonable con las teorías al uso. Y se habían separado, al fin, mutuamente ofendidos. El creía que había que subirle los impuestos a ese uno por ciento que era muy muy rico dentro de los estados, en comparación con el cincuenta por ciento del resto más pobre de la población. Dado que la brecha se había disparado de una forma extremada. Birgitte, incapaz de reprimir por completo su impulso de observarlos, había visto lo bastante para estar satisfecha. Era salvaje sentirse feliz cuando Ignatius estaba sufriendo; aun así cierta felicidad le producía, y tenía que producirle, la misma convicción de que él sufría. Pero ella pensaba que lo que él sentía por su profesora era un sentimiento no conveniente, producto de la convicción de agradecimiento que él sentía por ella. Pero ella era una mujer que tenía unas ideas demasiado liberales para que pudieran encajar con las ideas socialdemócratas de él y él lo sabía. Aún así tenían concepciones teóricas similares acerca de las concepciones

sociológicas y del impacto de la historia en la formación de las teorías sobre la propiedad y sobre las fronteras, que era realmente lo que importaba y no exactamente el partido al que tú votarías en ese momento.

Cuando Birgitte terminó de bailar con Ignatius, sus deseos de seguir bailando y su resistencia habían tocado fin, y como Frederick la viera pasear, más que danzar, en el ocaso de sus fuerzas, sin aliento, le pidió que se sentara definitivamente. A partir de aquel momento, él permaneció sentado también.

—¡Pobre Birgitte! —exclamó él—. ¡Qué pronto te has rendido! ¡Vamos si el deporte empieza justamente ahora! Espero que aún podremos resistir un par de horitas. ¿Cómo has podido cansarte tan pronto?

—¡Tan pronto! —dijo Birgitte—. Yo no estoy acostumbrada y además ya se está haciendo tarde para mí. Mañana tiene que venir mi hermano del pueblo porque tiene una entrevista de trabajo. Y debo levantarme temprano por si él pasa por casa para dejar sus cosas. Pues no viene en coche sino en tren.

Frederick estaba enamorado de Birgitte. Pero durante el baile ella no le había dado motivos para hablar a solas, más bien le había huido. Pero ahora se interesaba por su hermano, que también era licenciado en derecho, pero no había tenido suerte cuando se había presentado a una oposición. Y él preveía que debía hacer algo por ayudar a su hermano, y tal vez con ello podría convencerla de la verdad de sus sentimientos y ella le miraría de otro modo.

Un momento nada más tuvo Birgitte para contemplar el cuadro feliz de sus amigos y echar un vistazo a las últimas parejas incansables del baile; y después se despidió de sus amigos hasta mañana, con un resabio entre dulce y amargo, fatigada, con los pies doloridos, desvelada e inquieta, pero sintiendo, a pesar de todo, de que un baile era algo delicioso. Acaso consideró que Frederick había permanecido ya bastante rato sentado junto a ella, o quizá tuviera la intención de poner de manifiesto su docilidad para dejarse guiar por él. Pero bien sabía él que ella tenía su propio coche y que volvería por sus propios medios.

Capítulo 2

El día siguiente fue pesadoso y melancólico para Birgitte. Se despidió de su profesor que partía para Viena. Y allí se quedó tratando de preparar su próxima clase.

“Estamos en la fase de la limerencia. Tenemos que distinguir cinco fases básicas de la limerencia. Esto parece la enfermedad de las nuevas parejas. Y no vale la pena que te digan esta persona no te conviene, te da igual, es una única obsesión. Se trata del enamoramiento y éste está relacionado con el amor y con el sexo. Porque claro querer a una persona, tú puedes querer a un amigo o sentir empatía por alguien que forma parte de tu entorno habitual. Pero enamorarte es otra historia. En la fase de la limerencia hay que saber lo que nos pasa cuando estamos entrando ahí, porque esto te permite un poco de gestión emocional. Es como alfabetizarte en esto del amor, que no te caiga encima como un rayo, porque si no es tremendo. Ahí en la construcción de la teoría del género es donde yo pondré énfasis, porque lo que quiero es construir un concepto y una herramienta de defensa y de defensa jurídica para la mujer...”

Birgitte hacía todo lo posible porque sus estudiantes tuvieran estos nuevos conocimientos.

“La pregunta que me hacías antes: Bueno ¿esto dura? Las investigaciones dicen que esto existe en todas las culturas y que dura o es difícil que se vaya antes de seis meses y que normalmente dura entre dieciocho meses y tres años, esta fase de atracción intensa. Mi experiencia es que es algo que no es una línea que cruzas porque quieras o no quieras, sino que es algo que te cae, que te toca, pero a lo mejor no es lo mismo para todo el mundo. Hay personas que son muy cerebrales, muy retractivas. Nunca cortan directamente. Yo decía que en las primeras fases estás a tiempo de cortar la limerencia, la fase de contacto, en que te emociona alguien, tú estás a tiempo de dar marcha atrás y marcharte, pero luego hay un punto en que ya es muy difícil...”

Birgitte pensaba en el cambio de ayer a hoy. Hoy se había ido Frederick y también Ignatius se había alejado alegando que tenía que encerrarse para dar los toques finales a su tesis. Ahora todo era languidez y nada más que soledad para ella.

Pudo pensar en su hermano y se alegró de verlo aquella mañana. A veces echaba de menos a él y a sus primos que vivían en el pueblo. Aquella noche fue una noche de buen reposo y mejoró sus ánimos. Al día siguiente pudo después, sin gran esfuerzo, reintegrar su mente a la cotidiana

normalidad y conformarse fácilmente con la tranquilidad de una plácida semana.

En realidad, formaban ahora el grupo más reducido que Birgitte había visto allí en su departamento a lo largo de un día entero. Se había ausentado Ignatius que era como aquel de quien principalmente dependían el gozo de todas las reuniones y las comidas universitarias. Pero esto había que aprender a soportarlo. Pronto le dejaría, de todos modos. Y Birgitte agradecía poder sentarse ahora con otros profesores algo más mayores, escuchar sus voces, sus preguntas, y hasta contestarlas sin verse atormentada por aquellos sentimientos que tan desgraciada la hacían cuando pensaba en Ignatius.

La semana que transcurría tan reposada y apaciblemente para Birgitte tuvo para Marie un signo muy distinto. Lo que para Birgitte era tranquilidad y consuelo, era tedio y enojo para Marie. Ello era debido en parte a la diferencia de carácter y hábitos: una, tan fácil de contentar, la otra, tan poco acostumbrada a sufrir. Para el espíritu de Birgitte, la ausencia de Ignatius era en realidad, teniendo en cuenta motivo y tendencia, un alivio. Para Marie era dolorosa por muchos conceptos. Acusaba la falta de él casi a todas horas, y le necesitaba demasiado para sentir otra cosa que no fuese irritación al considerar el objeto de su encerramiento en su casa. No hubiese podido Ignatius planear nada más a propósito que aquella semana de ausencia para encarecer su importancia. Ella lo acusaba agudamente. Además no quedaba casi nadie en el departamento. Indignada que estaba con Ignatius por lo aferrado de sus ideas y porque procedía, dentro de las mismas, desafiándola a ella. Durante su ausencia pensaba continuamente en él, sin poderlo evitar, deteniéndose en considerar su valía y afecto y suspirando otra vez por los encuentros casi diarios de los últimos tiempos. Su ausencia era innecesariamente larga. El no debió planear aquel encerramiento. No debió ausentarse por una semana, cuando después quizás tendría que viajar lejos por motivos de una beca. Después empezó a reprocharse las propias faltas. Lamentaba haber hablado tan acaloradamente en su última conversación con él. Temía haber usado algunas expresiones duras, desdeñosas, al hablar de su ideología y de las poblaciones étnicas, y aquello no hubiera debido ocurrir. Era de mala educación. No estaba bien. Deseaba de todo corazón no haber dicho tales palabras.

Su desazón no terminó con la semana. Aquellos días fueron malos, pero más tuvo que soportar aun cuando se enteró de que Ignatius había precisamente escrito un correo al departamento aplazando el regreso ya que la universidad que le concedía una beca le había ofrecido viajar a ella por esa semana para establecer contacto y donde los gastos correrían a cargo de la misma. Luego no podía aplazarlo.

Si ella había sentido hasta entonces impaciencia y pesar, si deploró haber dicho ciertas cosas, temiendo que produjeran en él un efecto demasiado fuerte, ahora lo sentía y lo temía diez veces más. Además tenía ahora que luchar con otro sentimiento totalmente nuevo para ella: los celos. Esa universidad tenía una gran cantidad de becarios y becarias, y muchas con las mismas ideas innovadoras que él. Pero, en cualquier caso, la prolongación de su ausencia en el momento en que, de acuerdo con los planes previstos, ella debía trasladarse también y luego debería asistir a dirigir su tesis, significaba algo que se le hacía insoportable.

Se le hizo necesario comunicarse con Birgitte por si ella podía saber algo más acerca de él. No podía seguir viviendo en aquel aislamiento desventurado. Acaso ella podía tener una noticia ampliatoria para oír, cuando menos, su nombre.

La primera media hora en su despacho transcurrió inútilmente, porque Birgitte tenía una reunión con dos alumnas y en tanto no pudiera disponer de Birgitte para sí nada había que esperar. Pero, al fin, las alumnas salieron del despacho, y entonces, casi inmediatamente, Marie empezó así, regulando su voz lo mejor que pudo:

—No he tenido noticias, ya sabes, de Ignatius. Y ¿qué efecto te produce a ti su prolongada ausencia? Siendo ambos compañeros de tesis considero que tienes que echarle de menos, incluso que puedes ser perjudicada por no tener un apoyo en tu trabajo. ¿Te sorprende que demore así su regreso?

—No sé —dijo Birgitte con indecisión—. Sí, no es que lo esperase precisamente.

—Aquella universidad le habrá parecido más agradable que la nuestra. Él es un joven profesor muy... muy simpático, y no puedo evitar cierta tristeza por no verle antes de tener yo misma que marchar, pues tengo otros deberes en otra universidad, ya sabes los tribunales de tesis y hacer alguna pausa con amigos. Estoy esperando que mi hermano también me dedique su atención por ese periodo. Somos dos profesores y estamos alejados siempre. Pero me hubiera gustado ver a Ignatius otra vez, lo confieso. Pero tendrás que transmitirle mis recuerdos. ¡Son tantos meses de trabajo codo con codo! ¿Y qué es lo que cuenta en ese largo correo que le mandó al director?

—Yo sólo conozco parte del mismo. Pero creo que es muy corto; en realidad, estoy segura de que sólo contenía unas líneas. Lo único que sé es que uno de los amigos profesores o becarios le pidió con gran insistencia que se quedara unos días más, y que él accedió. Pocos días más, o unos

días más, no lo recuerdo.

—Si escribió al director no es de extrañar la concisión. ¿Quién le escribiría a él una plática? Si te hubiese escrito a ti habría más detalles. Se hubiera referido a las reuniones de comidas y a los profesores o becarios amigos y amigas. ¿Cuántos se presentan?

—Creo que son tres tesis con la suya.

—Pero es una bobada hacer estas preguntas. Todavía estoy enojada porque me ha faltado tiempo para dirigirle mejor la tesis. Ya sabes. Y ahora él se guiará por otros. O por otras. Allí hay profesoras muy ambiciosas. En cada universidad siempre hay una beldad y luego están las demás.

—Yo no sé nada de los profesores o profesoras —dijo Birgitte quedamente.

—Nada sabes y menos te importa, como se dice vulgarmente. Jamás habló nadie en un tono que expresara más claramente la indiferencia. ¿En realidad qué pueden importarle a una aquellas personas que no ha visto nunca? En fin, cuando él regrese encontrará un departamento muy tranquilo. Los más bulliciosos nos habremos marchado, no solo yo misma, también Frederick creo que se irá otra vez. No me gusta la idea de dejar esto tan solo. Nadie sentirá que me vaya.

Birgitte se vio obligada a decir algo:

—No puedes dudar de que muchos te echarán de menos —manifestó—. Más de uno.

Marie volvió hacia ella la mirada, como necesitando oír o ver algo más, y luego dijo, riéndose:

—¡Oh, si! Lo mismo que se echa de menos un ruido desagradable cuando cesa... esto es, se nota una gran diferencia. Pero no estoy pescando; quiero decir que no es necesario que me halagues. Si, en realidad, me echan de menos bien se verá. Fácilmente podrán encontrarme los que necesiten verme. No habrá que buscarme en ningún paraje incierto, o lejano, o inaccesible.

Birgitte, después de esto, no consiguió hablar, y Marie se sintió defraudada; pues esperaba escuchar algo agradable, una seguridad acerca de su influjo, de labios de una persona que, según ella creía, debía conocerlo; y volvió a nublarse su humor.

—Volviendo a los amigos profesores y profesoras que ahora tiene —dijo poco después—...

supón que alguna de ellas lo atrae y le buscan una plaza segura allí. ¿Te gustaría? Cosas más extrañas se han visto. Yo diría que habrá quien lo intentará. Y hacen muy bien, pues para él es una bonita colocación. No me asombro ni lo censuro en absoluto. Es el deber de cada cual, hacer cuanto se pueda en pro de uno mismo. Además allí se encontrará ahora en su ambiente. Es una universidad que respira unas ideas libertadoras. El pertenece a ese ambiente, sin ningún género de dudas. ¿No hablas, Birgitte..., no dices nada? Pero vamos a ver, honradamente, ¿no crees que hay que esperar esto más que otra cosa?

—No —dijo Birgitte, resueltamente—. No lo espero en absoluto.

—¿En absoluto! —exclamó Marie con presteza—. Esto me sorprende. Pero yo diría que tú sabes de cierto... siempre he creído que estás... acaso no consideras probable que se enamore de alguien siquiera... al menos en lo que es ahora, pues ya sé que siempre ha sido muy serio y muy honesto en sus cosas.

—No, no lo considero probable —dijo Birgitte en voz baja, con la esperanza de no equivocarse en tal suposición ni en el conocimiento de causa.

Su compañera le dirigió una aguda mirada; y cobrando nuevos ánimos por el rubor que tal mirada provocó, acto seguido, dijo tan sólo:

—Es mejor para él.

Y cambió de tema.

Capítulo 3

Marie se sintió muy aliviada con esta conversación, y regresó a su despacho con el ánimo de resistir casi otra semana en un círculo tan reducido y con el mismo mal tiempo que la sometía a una dura prueba, pues no le gustaba la lluvia. Pero como que no pasaron ni dos días y en esa tarde fue que volvió Frederick con su jovialidad habitual. Y no tuvo ella que medir más su resistencia. Fue motivo de diversión el hecho de que él no le contara por qué se había quedado más tiempo en Viena o en dónde había estado si no. Un día antes, pudiera haberla irritado tal actitud, pero ahora resultaba una broma muy chocante, que sólo daba lugar a la sospecha de que ocultaba algo planeado. Y la sorpresa la tuvo al día siguiente. Frederick le había dicho que se llegaría tan sólo a saludar a Birgitte y que estaría de vuelta a los diez minutos; pero llevaba ya más de una hora con ella, hasta que le encontró al fin paseando solo por el recinto ajardinado del edificio, y le gritó, llena de impaciencia:

—Pero Frederick, ¿dónde pudiste estar metido todo este tiempo?

Él sólo pudo contestar que había estado departiendo con Birgitte.

—¡Charlando con ella una hora y media! —exclamó Marie.

Pero esto no era más que el comienzo de la sorpresa.

—Sí, Marie —dijo él poniéndose a su lado; y acto seguido siguió paseando como sin saber dónde se hallaba—. No pude marcharme antes. Había estado en la notaría de un buen amigo mío y había recomendado a su hermano para un puesto de trabajo y todas las previsiones son de que sí, de que sólo tiene que ir a preguntar y se lo van a dar. ¿Te sorprenderá todo esto tan rápido?

—Sí, claro que sí. Y también ella debe haberse sorprendido.

—Pero la sorpresa no está completa. Aún no he podido confiárselo. En verdad, necesito decírselo a alguien. Y yo sé que tú sabrás guardar el secreto hasta que pueda ser algo evidente. ¡Ella estaba allí tan bella y tan dulce! Estoy completamente resuelto, Marie. Mi decisión está tomada. Tienes que haberte dado cuenta. Estoy decidido a casarme con ella. Es lo que ella merece. Ella cree que yo quiero jugar con ella, pero si le ofrezco la seguridad de mis sentimientos

yo creo que ella cambiará su parecer y me creará.

La sorpresa fue entonces completa; porque, a despecho de cuanto pudiera esperarse de él, nunca se había infiltrado en su imaginación la sospecha de que abrigara tales propósitos, y su semblante reflejó con tanta fidelidad el asombro que la invadía, que él se vio obligado a repetir lo dicho con más vehemencia y mayor formalidad. Su determinación, una vez admitida, no fue mal acogida. En la sorpresa había incluso satisfacción. El actual estado de ánimo de Marie, la llevaba a alegrarse y a no ver desagradado en que se casara, incluso siendo Birgitte una profesora asociada con un módico sueldo, parecía lo mejor para él.

—Sí, Marie —fue la concluyente afirmación de Frederick—, he picado con todas las de la ley. Tú sabes con qué frívolas intenciones comencé; pero aquí acabaron. No son pocos, y de ello me envanezco, los progresos que he hecho en su corazón; pero el mío está completamente determinado.

—¡Feliz, feliz Birgitte! —exclamó Marie, en cuanto pudo hablar—. Tendrás una deliciosa mujercita, toda gratitud y devoción. Exactamente lo que tú mereces. ¡Qué asombroso casamiento para ella! Pero cuenta, cuenta. ¿Cuándo empezaste a pensar seriamente en ella?

Nada podía haber más imposible que contestar semejante pregunta, aunque nada pudiera ser más agradable que escucharla. “Cómo se había apoderado de él la dulce plaga”, no podía decirlo; y sin dejar que acabara de expresar por tercera vez, con ligera variación de palabras, la misma convicción de su ignorancia, Marie le interrumpió exclamando, con ánimo de averiguar:

—¡Ah, amigo, y esto era lo que te llevó a Viena! ¡Allí pergeñaste la idea seguramente!

—Sí —prosiguió Frederick—. Allí concebí que ella es exactamente la mujer que puede disipar los prejuicios de un hombre como yo, porque es exactamente la mujer que tú te figuras no existe en el mundo. Es la imposibilidad personificada... desde luego, no puedo tener la suficiente delicadeza para dar cuerpo a mis ideas; pero hasta que la cosa no esté completamente decidida, por favor no quiero ninguna injerencia por parte de nadie.

—Bueno, bueno. Yo no sabré, por supuesto, nada del asunto. Pero tienes mucha razón; no pudiste elegir mejor. Una muchacha mejor no existe en el mundo, y a ti no te hace falta dinero. Pero sigue, sigue. Cuéntame más. ¿Cuáles son tus planes? ¿Está ella enterada de su suerte?

—No.

—¿A qué esperas?

—A que... a que se presente un poco más que una ocasión. Marie, ella no es como las otras becarias; pero creo que no la requeriré en vano.

—¡Oh, no! Esto es imposible. Aunque fueras menos agradable... y suponiendo que ella no te quiera ya (y acerca de esto, por otro lado, pocas dudas me caben), podrías estar seguro. La mansedumbre y gratitud naturales en ella te la asegurarían. Estoy profundamente convencida de que ella no se casaría contigo sin amor: esto es, si en el mundo existe una muchacha capaz de no dejarse llevar por la ambición, he de suponer que es ella; pero pídele que te quiera y jamás tendrá valor para negarse.

Tan pronto como la vehemencia de Marie, como vieja amiga, pudo reposar en silencio, la conversación tan profundamente interesante entre ellos se hizo más tenue. Ya no podía contarle más que sus propias sensaciones, ni detallarle más que los encantos de Birgitte. Pero ya había sido suficiente y ambos quedaron satisfechos con sus confidencias de buenos amigos y colegas.

Esa ternura, que constituye una parte esencial del valor de toda mujer, a juicio del hombre, en cuanto a Birgitte con razón podía él confiar en su carácter y alabarlo. Con frecuencia lo había visto sometido a prueba. ¿Es que él no la había obligado de continuo a extremar su paciencia y su tolerancia hasta poder terminar la labor todavía inconclusa de su tesis, aquella tesis sobre la teoría del género?

¿No era esto lo más alentador que él podía aspirar a ver en ella, su esfuerzo, su constante dedicación al trabajo? Después, su inteligencia era, sin lugar a dudas, clara y pronta; y sus maneras eran el espejo de su propio espíritu, modesto y elegante. Pero esto no lo era aún todo.

Cuando él afirmaba que en Birgitte había aquella firmeza y regularidad de conducta, no hacía más que expresar lo que le inspiraba el conocimiento de que ella era una persona de arraigados principios.

Capítulo 4

Frederick estaba de nuevo en la universidad a la mañana siguiente y a una hora más temprana de lo habitual. Encontró a Birgitte en la puerta de su despacho mientras salía para hacer un recado, y Frederick se alegró muchísimo y sin perder un momento se volvió hacia ella y sacó una carta y dijo con alegre expresión:

—Aquí está. Siento abordarte de esta manera pero concédeme un minuto. Aquí está la carta donde se constituye el puesto de auxiliar para tu hermano. Ya es un hecho. Sólo tiene que presentarse mañana y ya es suyo el puesto.

Birgitte quedó sin habla, pero a él no le hacía falta que hablase. Ver la expresión de sus ojos, la transmutación de su semblante, su creciente emoción, su mezcla de perplejidad, confusión y dicha era suficiente. Sus manos temblaban al sostener la carta, mientras corrían sus ojos por ella y se henchía de emoción. Frederick prosiguió para expresar su interés por el acontecimiento con sincero entusiasmo:

—Mi amigo, que es la mejor persona del mundo, se ha preocupado, como yo sabía que no podía dejar de hacerlo habiendo conocido el curriculum de tu hermano. Estaba sorprendido y encantado.

—Entonces... ¿todo ha sido obra tuya? —exclamó Birgitte—. ¡Dios mío! ¡Qué amable! Ruego que me perdones pero estoy aturdida. Estoy perpleja.

Frederick hablaba con tal vehemencia de todos los trámites que llevó a cabo, de lo intenso que había sido su afán, y empleaba unas expresiones tan arrebatadas, abundando tanto en el más profundo interés, en los propósitos y anhelos que no cabía expresar, que Birgitte no hubiese podido mostrarse insensible ante aquella riada, de haberse hallado en condiciones de prestar atención; pero su corazón estaba tan colmado y sus sentidos tan pasmados aún, que no llegaba a enterarse más que de un modo imperfecto de cuanto le decía, y decía tan sólo:

—¡Te quedamos eternamente agradecidos mi hermano y yo! Pero ¡qué amable!

De pronto se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta, exclamando:

—Tengo que salir. Tengo que llamarle y decírselo. Debe saberlo cuanto antes.

Pero la ocasión era demasiado propicia y las ansias de Frederick demasiado impacientes. Y fue tras ella inmediatamente para impedir que se fuera. “Espera, tienes que concederme cinco minutos más”. Y la tomó de la mano, y la condujo de nuevo a su asiento, y ya estaba a la mitad de la subsiguiente explicación cuando ella se dio cuenta de por qué la había retenido, sin que hasta aquel momento lo hubiera sospechado siquiera. No obstante, al comprenderlo y ver que Frederick pretendía hacerle creer que ella había despertado en su corazón unas sensaciones que hasta entonces no había conocido, y que cuanto había hecho por su hermano había que relacionarlo con su enorme e incomparable admiración y devoción por ella, se sintió en extremo disgustada y, por unos instantes incapaz de hablar. Lo consideró todo como tontería, como simple frivolidad y galanteo, con el único propósito de hallar un pasatiempo temporal; no pudo menos de sentirse incorrecta e indignamente tratada, de un modo que no merecía; pero él y esta forma de proceder venían a ser una misma cosa, formando una sola pieza con lo que antes había tenido ella ocasión de ver (algún flirteo con profesoras); y ahora se abstendría de mostrarle ni la mitad del disgusto que sentía, porque por otra parte le debía una gratitud que ninguna falta de delicadeza podía convertir en algo sin valor. Mientras el corazón le saltaba aún de alegría y reconocimiento por lo de su hermano, no podía acusar un grave resentimiento por nada que a ella le hiriera. Y después de haber retirado por dos veces la mano, y por dos veces intentado en vano apartarse de él, púsose en pie y dijo, con gran agitación:

—No sigas, por favor. Te ruego que no continúes. Este modo de hablarme es muy desagradable para mí. Debo irme. No puedo soportarlo.

Pero él seguía hablando, describiendo su afecto, solicitando una oportunidad, y finalmente, con palabras tan claras que no podían tener más que un significado hasta para ella, le ofreció casarse con ella, situarse bien, tener una gran casa y una gran biblioteca, hacer un gran equipo de investigación... todo lo que podían desear, en fin; y aunque ella seguía sin poder suponer que hablara en serio, apenas podía resistirlo. Él le exigía una contestación:

—¡No, no, no! —exclamó ella, ocultando el rostro—. Todo esto es absurdo. Tu generosidad en el caso de mi hermano me obliga contigo más de lo que puedo expresar con palabras; pero no quiero, no puedo soportar, no puedo escuchar esas... No, no; no pienses en mí. Aunque ya sé que no piensas en mí en realidad. Sé muy bien que no hay nada de esto.

Acababa de soltarse de él y, en aquel preciso instante, se oyó la voz del director que hablaba en voz alta saludando a una parte del personal que empezaba la jornada. No había tiempo para más argumentos o más súplicas, aunque fuese una necesidad cruel separarse de ella en el momento en que para el espíritu confiado y presuntuoso de Frederick, parecía ser tan sólo la modestia lo que se oponía en el camino de la felicidad perseguida. Birgitte salió precipitadamente por la puerta por donde saludó al director y se marchó hacia la biblioteca para preparar su próxima clase.

Birgitte estaba emocionada, preocupada, temblorosa por todo; agitada, feliz, angustiada, profundamente agradecida, sumamente irritada. ¡Era algo increíble! ¡Él se había portado de un modo imperdonable, incomprensible! Pero eran tales sus hábitos, que no podía hacer nada sin mezclar un poco de maldad. No sabía qué pensar, cómo enjuiciarlo, cómo considerarlo. Hubiera preferido que no hablase en serio; y, sin embargo, ¿qué podía excusar la utilización de tales palabras y ofrecimientos, si era sólo con el propósito de burlarse?

Capítulo 5

A la hora de almorzar se reunieron en el comedor universitario. Birgitte llegó y se sentó junto a Marie y luego también llegó Frederick que se sentó en frente de ellas. Marie que estaba informada por Frederick de su declaración intentó estar solícita con Birgitte y sonreírle e incluso le insinuó algo acerca de que ella estaba a favor de los matrimonios por amor, porque últimamente se veía cada caso. Y entonces le dijo: “Adelante, querida amiga. Porque Frederick me lo ha confesado con total discreción. Él sólo quiere que tú sepas que tenéis todo mi apoyo y mis felicitaciones para la boda”.

Pero estas expresiones no podían hacer ningún bien a Birgitte. Había demasiada precipitación y aturdimiento en la forma de dar la noticia. Era evidente que Frederick quería darle formalidad a su inclinación. Pronto lo sabría hasta el director del departamento. Birgitte no sabía qué hacer, ni qué pensar. Había desdicha en la idea de que fuese formal; era algo que la llenaba de confusión e inquietud en todo caso.

Cuando Frederick le dirigía la palabra temía que en la voz y en el gesto de él hubiese algo muy distinto de cuando se dirigía a los demás. Para ella no hubo tranquilidad durante la comida de aquel día... Birgitte estuvo más callada que nunca. Apenas intervino en la conversación y apenas probó bocado. A pesar de que Marie la felicitó doblemente y observó que parecía que la alegría le quitaba el apetito. Ella sintió tanta vergüenza que no pudo volver los ojos hacia donde se sentaba Frederick, y notó que los de él se volvían inmediatamente para mirarla. Ella hubiera querido hundirse bajo tierra.

Todo lo del mundo la inducía a creer que él no era sincero, excepto sus palabras y su modo de proceder. Cuanto pudiera considerarse natural, probable, razonable, estaba en contra.

¿Cómo podía ella provocar un sentimiento formal en un hombre que había conocido a tantas, tenido la admiración de tantas, infinitamente superiores a ella; que parecía tan poco propenso a dejarse impresionar seriamente, hasta cuando alguien penaba por él; que se había mostrado tan ligero e indiferente en este aspecto; que lo era todo para todos, y parecía no encontrar a nadie indispensable para él? Y además, ¿cómo era posible suponer que Marie, con todas sus elevadas y mundanas ideas sobre el matrimonio, iba a favorecer algo que tuviera un sentido formal por aquel lado? Nada podía ser menos natural. Cualquier cosa era posible imaginar antes que una

inclinación sincera.

Frederick por una o dos veces fijó en ella una mirada, como involuntariamente, que no supo clasificar entre las de significado corriente. En otro hombre cualquiera, al menos, ella hubiera dicho que significaba algo muy serio, muy concreto. No obstante, siguió tratando de creer que no pasaba de lo que él había expresado a menudo a otras mujeres.

Ella pensó que él deseaba hablarle sin que le oyeran los demás o se imaginó que lo estaba intentando a intervalos. Finalmente ella se levantó de la mesa y se dirigió inmediatamente hacia donde se recogían las bandejas del servicio, y desviando la mirada, para reunirse con los demás, de modo que él no tuvo más remedio que marcharse sin aguardar otro momento.

Birgitte pensó que nunca había conocido un día tan lleno de impresiones, lo mismo de inquietud que de satisfacción.

Capítulo 6

Birgitte era dada a las crisis emocionales. Su salud no era muy fuerte. Después de comer se dio un paseo al aire libre por el recinto del jardín universitario. Allí halló algo de sosiego. Marie le había dicho que con su actitud parecía desagradecida y egoísta. Ahora eran los demás quienes le atacaban. Y faltaba Ignatius, que era el único amigo que podía defenderla, porque él también conocía a Frederick y lo había tratado y sabía cómo era. Se dio un paseo de una hora por los caminos enarenados, entre los matorrales, que era donde la naturaleza desprendía un olor más aromático. Nadie la estorbaría allí, y era lo mejor para tomar el aire y hacer ejercicio.

Si le fuera posible obrar de otro modo, pero estaba convencida de que nunca podría hacerle feliz, y de que ella misma se sentiría miserable. Con estas palabras unas lágrimas asaltaron a sus ojos.

Mientras tanto acontecía, por su lado, Frederick sabía que Birgitte era extremadamente tímida y nerviosa, y se dijo que no era del todo improbable que su estado de ánimo, con un poco de tiempo, un poco de presión, un poco de paciencia, una juiciosa mezcla de todo ello, pudiera producir los efectos deseados. Si él estuviera dispuesto a perseverar..., con tal que su amor fuera suficiente para perseverar, él se sentiría nuevamente esperanzado.

En otro lugar no tan apartado, en el ánimo de Birgitte todo era desorden. El pasado, el presente, el futuro, todo se le aparecía terrible. Hasta Marie le había llamado egoísta. Ya siempre sería así, una desagradecida. No tenía a nadie que se pusiera de su parte. Sería una desgraciada en ese departamento. No pudo menos que sentir cierto resentimiento contra Frederick; sin embargo, ¡y si él la amaba realmente, y era desgraciado también! Todo era un conjunto de desventuras.

Al día siguiente, después de la hora de comer, Frederick le había pedido hablar con ella a solas por el recinto, aunque sólo fuese por espacio de cinco minutos. Era una petición natural, una aspiración demasiado justa como para no satisfacerla. Por supuesto, él le pidió que se tranquilizase, que no iba a reprocharle nada.

Caminaron por el lado de los arbustos, no adentrándose demasiado en todo el verdor pero el aire suscitaba un aroma atrayente y floral.

La entrevista no fue tan corta ni tan decisiva como él había previsto. Frederick estaba decidido a perseverar, pero tenía una vanidad que le llevaba decididamente, en primer lugar, a creer que ella lo amaba, aunque tal vez sin saberlo; y después, al verse finalmente obligado a reconocer que ella sabía cuáles eran sus propios sentimientos, a estar convencido de que con el tiempo podría lograr que esos sentimientos llegaran a ser lo que él quería.

Estaba enamorado, muy enamorado; y era el suyo un amor que, al actuar sobre un espíritu vivo, vehemente, más ardiente que delicado, hacía que el cariño de Birgitte le pareciese más importante por serle negado, y le llevó a la decisión de conseguir el triunfo, tanto como la felicidad, al incitarla a que lo amase.

No desesperaría, no iba a desistir. Tenía bien fundados motivos para una firme constancia; la sabía poseedora de todas las virtudes que pudieran justificar la más ardiente esperanza de hallar a su lado una perdurable felicidad; su misma conducta de aquella ocasión, al poner de manifiesto el desinterés y la delicadeza de su carácter (cualidades que él consideraba muy raras, desde luego), contribuía a avivar sus deseos y a confirmarle en su decisión. No sabía que atacaba a un corazón comprometido (ella amaba a Ignatius en secreto). De eso, no tenía él la menor sospecha. Más bien la consideraba una muchacha que no había nunca detenido lo bastante sus pensamientos en esas cosas para estar en peligro. Que de ello la había protegido su juventud..., una juventud espiritual tan encantadora como la de su cuerpo. A quien la modestia había impedido entender el sentido de las atenciones que él le prodigara, y que estaba todavía aturdida por lo repentino de unos requerimientos tan absolutamente inesperados, así como la novedad de una situación que su fantasía nunca había llegado a soñar.

¿No se desprendía de ello, lógicamente, que cuando él fuese comprendido habría de triunfar? Él lo creía a pies juntillas. Un amor como el suyo, en un hombre como él, podía contar con que, perseverando, se vería correspondido, y a no muy largo plazo. Y le entusiasmaba hasta tal punto la idea de incitarla a quererle en muy poco tiempo, que apenas se dolía de que no le quisiera ya. Tener que vencer una pequeña dificultad no era un mal para Frederick; era algo que más bien le espoleaba. Ya había comprobado su actitud para ganar corazones con excesiva facilidad. Ahora se hallaba en una situación nueva y excitante.

Para Birgitte, sin embargo, que demasiadas contrariedades había conocido durante su vida para ver en ello el menor encanto, todo eso era ininteligible. Le veía empeñado en perseverar. Pero cómo podía ser capaz, después de haberla oído expresarse en el lenguaje que ella se consideró obligada a emplear, no alcanzaba a comprenderlo. Le dijo que no le amaba, que no

podía amarle, que estaba segura de que no le amaría jamás; que semejante cambio en sus sentimientos era totalmente imposible; que era una cuestión muy dolorosa para ella. Que considerase el asunto terminado para siempre. Y como él siguiera presionando, añadió que, en su opinión, tenían unos gustos tan opuestos, que hacía incompatible un mutuo afecto; y que no podían ser el uno para el otro debido al carácter, formación y hábitos respectivos. Todo esto le había dicho, con la buena fe de la sinceridad; pero no bastó, pues acto seguido negó él que hubiera la menor incompatibilidad de caracteres, ni nada en sus gustos que les impidiera congeniar, y declaró categóricamente que seguiría amándola y no abandonaría la esperanza.

Birgitte conocía bien su propio sentir, pero no podía juzgar el efecto que producía su modo de expresarlo; su modo era irremediamente suave, y no se daba cuenta de hasta qué punto dejaba oculta la firmeza de su propósito. Su apocamiento, gratitud y dulzura hacían que toda expresión de indiferencia pareciese casi un sacrificio de abnegación... Parecía, al menos, que le diera a ella tanta pena como a él.

Pero Frederick era su tutor, tenía una autoridad académica sobre ella, aunque había sido un admirador de otras tantas profesoras, un admirador un poco insidioso, que era la parte de él que se había ganado el aborrecimiento de ella. Pero ahora era el admirador que se le dirigía con ardiente, desinteresado amor; cuyos sentimientos se habían convertido, al parecer, en cuanto pueda haber de noble y recto; cuyos proyectos de felicidad se cifraban todos en un casamiento por amor, que estaba expresando lo mucho que apreciaba las virtudes que la adornaban y describía su afecto una y otra vez, demostrando, hasta donde puede demostrarse con palabras y, además, con el lenguaje, el tono y el espíritu de un hombre de talento, que la quería por su dulzura y su bondad; y, para que nada faltara... ¡era ahora el Frederick que había conseguido un puesto de empleo para su hermano!

Existía un cambio, y existían unos favores que forzosamente habían de producir algún efecto. También tenía derechos sobre su tesis que reclamaban su buen tratamiento. Ella tenía que mostrarse cortés y compasiva con él. Debía considerarse honrada, y lo mismo pensando en ella que en su hermano, tenía que sentir una profunda gratitud. Efecto de todo ello fue un modo de expresarse tan doliente y turbado, con unas palabras entremezcladas con su negativa, tan expresivas de gratitud y pesar, que para un temperamento fatuo y creído como el de Frederick, el grado de su indiferencia o la autenticidad podían ser discutibles.

Sólo de mala gana se resignó Frederick a separarse de ella, cuando ésta se lo pidió. Pero al despedirse no había en su aspecto el menor síntoma de desesperación que desmintiera sus

palabras, o que diera esperanzas a Birgitte de que sería más razonable de lo que se mostraba.

Ella quedó enojada. No pudo evitar cierto resentimiento ante aquella perseverancia tan egoísta y poco generosa. Ahí estaba de nuevo aquella falta de delicadeza y consideración que anteriormente la había impresionado y ofendido en otras de sus conquistas. Ahí estaba de nuevo algo de aquel mismo Frederick que había repudiado. ¡Cómo se evidenciaba una grosera falta de sensibilidad y humanitarismo cuando quería satisfacer sus deseos! Y ¡ah, cómo se notaba que le faltaban unos principios, como el deber, para poder suplir a lo que le faltaba de corazón! Aunque ella hubiera tenido el suyo desocupado... como acaso debería tenerlo, nunca hubiese podido Frederick conquistarlo.

Así pensaba Birgitte con absoluta sinceridad y serena tristeza en el curso de sus meditaciones, sentada ante aquella biblioteca que era un lujo excesivo de ornamentos de madera noble, preguntándose qué iba a ocurrir ahora, en un estado de nerviosa agitación que le impedía ver nada claro, en ningún caso, excepto la imposibilidad de poder llegar nunca, en ningún caso, a querer a su profesor.

Ella contaba sólo con veintiséis años. No podía suponer que el afecto de Frederick fuese a durar para siempre; no podía menos de imaginar que una resuelta y constante indiferencia por su parte tendría que acabar a la larga con sus ilusiones.

A la mañana siguiente Marie aguardó a Frederick para preguntarle por su entrevista y para saber lo ocurrido con Birgitte. La primera sensación fue de desencanto; había esperado algo mejor; había creído que una hora de súplicas por parte de alguien como él tenía que producir un cambio mayor en una joven de carácter tan dócil como ella; pero halló inmediato consuelo en los decididos propósitos y ansias de perseverar del enamorado; y Marie viendo tan confiado en el éxito a Frederick, no tardó también en confiar en él.

Por su parte, honró la firmeza de su propósito y ensalzó a Birgitte. Y puso de manifiesto que aquellas relaciones seguían siendo lo más deseable del mundo.

Capítulo 7

Ignatius había de enterarse de grandes cosas a su regreso. Había prolongado su ausencia un poco más con el propósito de eludir a Marie y no pensar en ella. Y volvía a su puesto con el ánimo lleno de recuerdos melancólicos y tiernas evocaciones. Pero todas se disolvieron cuando se vio acogido de nuevo en el departamento por Frederick y por Marie con una bienvenida francamente amistosa, y por su parte ella le dispensó una acogida con una actitud de satisfacción y unas palabras de sentido puramente agradable. Fue bastante para enardecer su corazón y apreciar todo su valor, así como el de otras gratas sorpresas que todavía le esperaban.

Durante la comida halló una fuente de grátisimas sensaciones y de sostenida animación. Terminada esta se quedó a solas con Frederick para compartir un café, mientras Birgitte se apartaba de ellos para saludar a otras personas. Entonces Birgitte sospechó lo que ocurría entre ellos. Frederick le hizo saber lo de su historia con ella. Tanto prolongaban su permanencia en el comedor que tuvo la seguridad de que hablaban de ella, mientras ella ya estaba en su despacho esperando.

Cuando Ignatius regresó al despacho que compartía con ella se sentó a su lado y casi instintivamente le cogió una mano y se la estrechó con cariño. Birgitte, con aquella acción, de no ser por la ocupación del libro que estaba consultando, se hubiera traicionado dejándose arrastrar por la emoción a un exceso imperdonable.

Sin embargo, Ignatius no se proponía darle el estímulo o la aprobación de lo que había sido su conducta. Tan sólo quería expresarle que se hacía partícipe de su amistad y que todo lo que le habían dicho también avivaba sus sentimientos afectivos. Él estaba, de hecho, enteramente del lado de Frederick en aquella cuestión. Pero su sorpresa no fue tan grande al enterarse de que ella le había rechazado, porque lejos de suponer que sintiera por él una preferencia, siempre había creído más bien lo contrario, y pudo imaginar perfectamente que el caso la había cogido desprevenida. A su juicio, alababa que Birgitte hubiera mostrado una indiferencia, pero esperaba muy de veras, lleno de confianza, que al fin habría boda y que, unidos por un mutuo afecto, resultaría que sus caracteres eran tan exactamente adecuados el uno para el otro como él empezaba seriamente a considerarlos. Frederick había procedido con demasiada precipitación. No le había dado a ella tiempo de sentirse atraída. Había comenzado al revés. No obstante, con las condiciones que él poseía y con el buen natural de ella, Ignatius confiaba en que todo

contribuiría a una feliz conclusión. Entretanto, bastante vio lo muy turbada que estaba Birgitte para guardarse muy bien de provocar nuevamente su inquietud con una sola palabra, una mirada o un ademán.

Birgitte lo merecía todo, la consideraba digna de cualquier extremo de paciencia y de todo esfuerzo mental, pero aún así lo que pudo descubrir en los ojos de ella, su turbación, no lo alentaba. Ni tampoco había una probabilidad alentadora o motivo alguno de esperanza que pudiera provenir de su confusión. Y casi estaba dispuesto a maravillarse de la perseverancia de Frederick. Puso su mejor voluntad en creer que él veía más claro que él mismo y ésta fue la conclusión más consoladora para su amigo.

Capítulo 8

“Te quiero pero no estoy enamorado de ti. Exactamente esta es la enfermedad de las parejas modernas. Te quiero pero no estoy enamorado, no siento esa efusión intensa. Aquí parece que se hubiera terminado la fase de la limerencia, ese candor que siente la mujer más ingenua o ese espíritu ardiente en el joven.

>El enamoramiento está relacionado con el amor, con el sexo, porque claro eso es amar a una persona, también puedes quererla y tú puedes querer a un amigo o sentir empatía por alguien que forma parte de tu entorno habitual. Pero enamorarte es otra historia. Lo que yo trato es de que seamos conscientes de la fase de la limerencia en la vida de todas las personas y que esto pueda tener un efecto jurídico. Antiguamente la legislación lo que recogía era una forma de pudor o de honestidad en la jovencita y esto podía influir en su juicio. Pero se ponía una etapa de tiempo, que podía ser entre los catorce y los dieciséis años, incluso más. Pero aquí se hacía un juicio moral de la mujer. Y por eso se abogó por la derogación de esa ley. Por eso, ahora yo quiero rescatar el concepto de la limerencia porque creo claramente que influye y que puede tener efectos en la vida de las personas sin que se las prejuzgue.

>La verdad es que las personas en esta fase prefieren sus fantasías en vez de otra cosa, lo cual es muy incómodo para la vida diaria. Pero en las fantasías uno alimenta la ilusión y está vivo así sin necesidad de sufrir injerencias o rechazos o inseguridades.

>El apego amoroso es con el que tienen que vivir las parejas al compartir, al escucharse. Pero resulta que este apego también se apaga y ya sólo queda un afecto, un afecto sencillo. Hay determinadas personas que las quieres nada más. Te da igual que hagan ruido con el te o el café. A veces hay cosas que en la pareja te molesta y en los amigos no. Esta es la diferencia entre el apego amoroso y el afecto”.

Birgitte terminaba así su conferencia sobre las fases de la limerencia y el apego amoroso, donde asistían alumnos pero también profesores. Frederick, que estaba entre ellos, levantó la mano durante el turno de preguntas, y cuando le fue dada la vez se levantó y dirigió una pregunta a Birgitte:

—Hoy la delegada de igualdad de género ha suscrito la noticia de que un cinco por ciento de

chicas de 17 años ha sufrido algún tipo de violencia de género, una cifra altísima. Y además un diecinueve por ciento o una de cada cinco mujeres o chicas podrían ser maltratadas en un futuro porque justifica el sexismo y la agresión como la única forma de enfrentarse a los conflictos.

—Es lo que han aprendido en sus casas —respondió Birgitte—, ten en cuenta. Las denuncias por violencia de género han aumentado un nueve por ciento. Algunos dicen que la prevención en las escuelas funciona. Hay chicas muy jóvenes cerca de casa que toleran actitudes inaceptables, estas chicas jóvenes han aprendido estas actitudes en su entorno y en su casa.

—Una de las razones —replicó Frederick— por las cuales yo defiendo con pasión que es en las escuelas donde deberíamos estar educando a los niños y a los jóvenes realmente en educación emocional y social. Pero en realidad, por ejemplo, en lo afectivo le damos educación sexual, pero es algo muy frío, muy higiénico, no les estamos dando educación afectiva, por ejemplo, en donde explicas a las personas qué sentimientos las habitan, qué puedes hacer con estos sentimientos, cómo los puedes gestionar. Y esto ¿por qué no lo enseñamos en las escuelas?, ¿por qué no enseñamos formas de resolver conflictos de forma creativa, de forma comunicativa, formas de expresar la ira, la tristeza? Y creo que una de las respuestas más eficaces a lo que estás comentando está en las escuelas, en prevenir este tipo de comportamientos, porque es evidente que no todo el mundo tiene la suerte de vivir en entornos donde se aprenden las cosas.

—Sí, así es —respondió Birgitte con una sonrisa—. Y además muchas de estas cosas hay que aprenderlas de forma consciente, no son naturales. Sólo son naturales si las has visto pero si no las has visto, no se te ocurre cómo hacerlas, no se te ocurre cómo construir una relación bonita y respetuosa.

Birgitte cogió un vaso y lo llenó de agua mineral y lo bebió y prosiguió para decir:

—Estos chicos que soportan malos tratos, que tienen miedo a estar solos, lo soportan porque no saben estar solos, no tienen otra alternativa. Probablemente están rodeados de gente que está acostumbrada a tratar así a los demás y no tienen “modelos”. Los humanos aprendemos con modelos, no aprendemos con lo que nos dicen, sino con lo que vemos y aprendemos desde que somos muy pequeños. Con lo cual yo espero que logremos enseñar a las personas, darles modelos y que esto sea mucho menos frecuente.

Ahora suenan aplausos en la sala. Todavía hay una chica estudiante que alza la mano y le pregunta a Birgitte:

—Cuando alguien te dice: “te quiero pero no estoy enamorado de ti” ¿lo mejor es separarse y coger otros caminos?

—Cuando alguien te dice “te quiero pero no estoy enamorado de ti” —respondió Birgitte haciendo una pausa para reflexionar—, probablemente se refiere a que ha dejado que este vínculo amoroso que tiene que alimentarse se transforme en un afecto sencillo y plano. Bueno, entonces ¿qué haces?, ¿qué crees que es lo mejor? Se dan ejercicios para volver a recobrar un sentimiento de limerencia. Yo creo que todo se puede trabajar, si hay un amor real, todo se trabaja. Y si lo que has hecho es que has dejado morir un sentimiento, tú puedes renovarlo, si este sentimiento existe. Una de las cosas que se dice es que es muy importante el contacto con los ojos. Las parejas de enamorados pasan más o menos el setenta y cinco por ciento de su tiempo mirándose a los ojos. Y es muy importante. Entonces hay que intentar hablar al otro haciendo este contacto con los ojos. Mecanismo que nos recuerda que el otro existe, que es deseable. Y también es muy importante esforzarse en hacer conexiones. Tú cuando estás enamorada de alguien, de alguna forma todo lo relacionas con esa persona. Si ves algo, estás pensando en cómo se lo vas a contar, qué cosas le gustan, te esfuerzas por rodearte de lo que al otro le interesa. Es necesario hablar, buscar cosas que interesan a tu pareja y que le conecten contigo. Eso ayuda a reavivar ese primer sentimiento de euforia, de amor o enamoramiento y merece la pena.

La conferencia se dio por terminada cuando ya no hubo más preguntas y todos quedaron satisfechos con los resultados. Birgitte había encandilado con su tema de tesis no sólo a muchos estudiantes, sino también a profesores de los que ya sabía que contaba con su admiración y amistad, como fueron Frederick e Ignatius.

El modo también en que Frederick participó le pareció a ella brillante y añadió matices excelentes para ampliar aquella controversia por lo que estuvo agradecida una vez más hacia él.

Su modo de actuar era un placer cuando él podía ejercer y se podía disfrutar de su talento académico.

Ignatius observó también con atención toda la conferencia y era divertido y grato ver cómo Birgitte contestaba a su profesor y ambos tomaban un pulso y progresaban en sus sentimientos. Y nunca mejor dicho para un momento como aquel en que se animaba a las parejas a reavivar sus sentimientos.

Capítulo 9

Durante el espacio libre que tenían después de la comida, estuvieron tomando café y entre Frederick e Ignatius se estableció un diálogo sobre el buen discurso que había hecho Birgitte.

—Un discurso bueno es una cosa muy rara —dijo Frederick.

—Más difícil es —contestó Ignatius— hablar bien que componer bien. Es decir, las reglas y trucos de la composición son a menudo objeto de estudio.

—Un discurso absolutamente bueno, absolutamente bien dicho, es un verdadero deleite para el espíritu —añadió Frederick y miró hacia Birgitte que estaba sentándose en frente a ellos dejando sobre la mesa su taza de café. Y prosiguió Frederick:

—La elocuencia, cuando hay elocuencia es algo digno del más alto encomio. Uno escucha con el mayor respeto y consideración un discurso así, aunque no son frecuentes. Alguien que sabe decir algo nuevo y sorprendente —y miró hacia Birgitte—, algo que cautive la atención, sin ofender ni herir los sentimientos de sus oyentes, es algo que se puede admirar siempre en un hombre o una mujer como se merece.

Ignatius se rio.

—Sí, me gustaría a mí también presentar ahora la tesis —bromeó al respecto Frederick—. Ahora que todos parecen que están animados en renovar los sentimientos —y en ese instante miró a Birgitte por ver si había captado su atención—. Yo también podría hacer un discurso sobre el enamoramiento. Pero lo haría no muy largo, ni muchas veces. Lo haría ciertamente pocas veces para no repetirme. No podría ser tan constante.

Aquí Birgitte, que no podía menos que escuchar, agitó la cabeza involuntariamente. Y en el acto se levantó Frederick y se movió a su lado sentándose para rogarle que le explicara el significado de su ademán. Ignatius se dio cuenta de que Frederick tenía de nuevo intención de hablar con ella más reservadamente y se hizo a un lado sin querer intervenir.

Con empleo de escogidas miradas y palabras a media voz Frederick se deslizó hacia ella,

entretanto ella se puso enojada consigo misma por no haber permanecido tan inmóvil como callada e intentó esquivar sus miradas como sus preguntas.

—¿Qué significado tenía ese movimiento de cabeza? —preguntaba él—. ¿Qué quería expresar? Tu desaprobación, me temo. Pero ¿de qué? ¿Qué dije yo que pudiera ser desagradable? ¿Te pareció que hablaba de ese tema improvisadamente, con ligereza?

En vano repetía ella una y otra vez:

—Por favor, no insistas... Por favor, Frederick.

Y en vano trataba de apartarse. Siempre en voz baja, siempre con el mismo tono vehemente y la misma proximidad, siguió insistiendo en sus preguntas. La agitación y el disgusto de Birgitte eran cada vez mayores.

—Me sorprende cómo puedes ser capaz de todo esto.

—¿Te sorprende? —replicó él—. ¿Estás asombrada?

Aun a pesar suyo, Birgitte no pudo evitar una media sonrisa; pero no dijo nada.

—Agitaste la cabeza al confesar que no me gustaría comprometerme en un mismo discurso de un modo para siempre, de un modo constante. Sí, esta fue la palabra: constante... Es una palabra que no me asusta. La deletrearía, la leería, la escribiría ante quien fuese. No veo nada alarmante en la palabra. ¿Crees que debería alarmarme?

—Tal vez —dijo Birgitte, hablando al fin por aburrimiento—, tal vez pensé que era una lástima que no te conocieras siempre tan bien como pareció que te conocías a ti mismo en ese momento.

Frederick, encantado de haber conseguido que hablase como fuera, se propuso mantener el diálogo en pie; y Birgitte, que había esperado hacerle caer con aquel reproche extremo, vio con tristeza que se había equivocado, y que sólo habían pasado de un motivo de curiosidad y de un juego de palabras a otro.

—Bien —dijo Frederick, al cabo de un conjunto de divagaciones—, soy más feliz de lo que

era, porque ahora entiendo con mayor claridad la opinión que tienes de mí. Me consideras inconstante... que con facilidad cedo al último capricho. Que fácilmente me entusiasmo... y fácilmente abandono. Teniendo de mí esta opinión no es extraño que... pero ya se verá. No es con protestas como he de intentar convencerte de que eres injusta conmigo. No es diciéndote que son firmes mis sentimientos. Mi conducta hablará por mí... la ausencia, la distancia, el tiempo hablarán por mí. Ellos te demostraran que, en la medida que alguien pueda merecerte, yo te merezco a ti. Eres infinitamente superior a mis méritos, todo eso lo sé. Posees cualidades que antes no había yo supuesto que existieran en tal grado en ninguna criatura humana. Tienes ciertos rasgos angélicos superiores a... no solamente superiores a lo que uno ve, porque nunca se ven cosas así, sino superiores a lo que uno pudiera imaginar. Pero aun siendo así no temo. No es por igualdad de méritos, sino el que mejor comprenda, el que mejor honre tus cualidades y tus virtudes y te ame con más devoción, será quien tendrá derecho a ser correspondido. Y creo que te conozco bien para que una vez convencida de que mi afecto es tal cual ahora te declaro, yo pueda abrigar esa esperanza de merecerte. Sí, dulce Birgitte. Bueno... —viendo que ella se echaba para atrás incomodada por la forma en que la nombraba—, perdóname. Pero ¿cómo puedo llamarte? Le has conferido a tu nombre una tal realidad de dulzura que nada podría describirte más fielmente. Hasta en mis sueños estás... de ese modo.

Birgitte logró resistir sentada hasta que logró finalmente tras los ruidos del servicio y recogida de los enseres de vajilla levantarse de la mesa y escabullirse del mejor modo que pudo. Ahora recobró la libertad y debería atarearse con la nueva clase que tendría al día siguiente, y pidió excusas para apartarse.

A Ignatius que seguía todavía allí la conferencia le pareció larga, pero aún así, como al mirar a Birgitte vio en ella más bien un rubor que un enojo, se inclinó a creer que había en la conversación algún provecho para su admirador.

Capítulo 10

Al cabo de varios días se había instalado entre Ignatius y Birgitte una mutua reserva. Ignatius llegó a la conclusión y había resuelto que si no partía de ella la iniciativa de hablar de Frederick, nunca aludiría él al asunto. Pero tanta reserva era poco llevadera entre amigos y a Ignatius no le costó trabajo convencerse de saber algo más sobre la cuestión: en el fondo anhelaba conocer los sentimientos de Birgitte. Ella solía consultarle en todas sus dificultades, y él la quería demasiado para resignarse ahora a que le negara su confianza. Esperaba serle útil. ¿A quién más podía ella abrir su corazón? Y aunque no necesitase consejo, sin duda necesitaría el consuelo de la conversación. Pero Birgitte se apartaba de él, silenciosa y reservada; era un estado de cosas antinatural... una situación que él debía forzar, pudiendo además creer que esto era lo que ella más ansiaba.

Precisamente después de la comida y cuando ella solía salir a dar un paseo por los arbustos fue cuando Ignatius la abordó y fue inmediatamente a su encuentro:

—He venido para pasear contigo, Birgitte —le dijo—. ¿Me dejas? —poniendo suave y momentáneamente su mano abierta sobre el hombro de ella, para estar a su lado—. Hace tiempo que no hemos dado juntos un agradable paseo.

Birgitte asintió más bien con la mirada que con la palabra. Tenía el ánimo abatido.

—Pero, Birgitte —agregó él a continuación—, para que el paseo sea agradable, es preciso algo más que pisar juntos esta grava. Tienes que hablarme. Sé que algo te preocupa. Sé en qué estás pensando. No puedes suponer que no estoy enterado. ¿Es que todos me hablan de ello menos tú?

Birgitte, a la vez agitada y desalentada, replicó:

—¿Te refieres al viaje a Latinoamérica, a la universidad de Guatemala? Estoy pensando en solicitar una de las plazas. Será sólo por dos meses o casi dos. Para mí puede ser como una catarsis quitarme de aquí.

—Respecto de lo que te angustia no quiero obligarte a que me hables. Y ahora me sorprendes

con esta salida. No es fácil, porque allí en Guatemala puedes encontrar la paz, pero la vida allí es diferente. Hay más necesidades. En realidad, sería como chocar con todo lo que aquí ya tienes y allí tienes que desesperar por obtenerlo. Pero de lo que sí quiero hablar son de tus sentimientos, Birgitte. No de los hechos o de lo que piensas hacer, sino de lo que hay dentro de ti, y no puedes reprimir escapando tan solo a otro lugar. No pretendo obligarte. Sin embargo, soy tu amigo y siempre nos hemos revelado nuestros secretos. Pero si no lo deseas tú misma, ya he terminado. Es que pensé que sería un alivio también para ti poder hablar.

—Me temo que pensemos de modo demasiado diferente para que yo encuentre alivio hablando de lo que siento.

—¿Supones que pensamos diferente? No lo creo yo así. Me atrevería a decir que, si cotejáramos nuestros respectivos puntos de vista, resultarían tan coincidentes como en todo solían ser. Concretando: siendo que no puedes corresponder a los sentimientos de Frederick, creo que has hecho exactamente lo que debías al rechazarle. ¿Puede haber ahí alguna discrepancia entre nosotros?

—¡Oh, no! Pero yo creía que me censurabas. Me imaginaba que estabas contra mí. ¡Qué gran consuelo!

—Este consuelo pudiste tenerlo antes, Birgitte, si lo hubieras buscado. Pero, ¿cómo pudiste suponer que estaba contra ti? ¿Cómo pudiste imaginar que fuese yo un defensor de una relación sin amor? Y aunque en general fuese un despreocupado respecto de esas cuestiones, ¿cómo pudiste imaginarme así, siendo tu felicidad la que estaba en juego?

—Creo que todos me han juzgado mal, y yo sabía que hablaban de mí.

—Hasta este momento, Birgitte, creo que has hecho bien. Puedo lamentarlo, puedo estar sorprendido... Aunque esto apenas porque tú no le amas o no has tenido el tiempo siquiera para enamorarte. Nada hubiese podido justificar el que le aceptaras.

Habían pasado días y días sin que Birgitte hallara un tan gran consuelo.

—Pero esto no termina así. Dicho sea entre nosotros, él debe esperar que el tiempo, al demostrar (como firmemente creo que así será) que él es digno de ti por lo invariable de su afecto, esto le dará su recompensa. No puedo suponer que no tengas el deseo de amarle: el deseo natural

de la gratitud. Debes tener algunos sentimientos. Tienes que estar apenada por tu indiferencia.

—Somos tan dispares —dijo Birgitte, eludiendo una respuesta directa—, somos tan dispares tanto en todas nuestras inclinaciones y costumbres, que considero completamente imposible que juntos llegásemos nunca a ser ni siquiera medianamente felices, aun cuando pudiese quererle. Nunca existieron dos seres más opuestos. Y es verdad que es mi profesor y le debo casi todo cuanto he estudiado y he podido aprender de él y de otros autores. Pero aun así, en lo personal, no tenemos ningún gusto en común. Seríamos desgraciados.

—Te equivocas, Birgitte. La diferencia no es tan grande. Hasta os parecéis bastante. Vuestros gustos coinciden en más de un caso. Tenéis los mismos gustos en moral, en política y en literatura y cine. Ambos poseéis un corazón ardiente y bondadosos sentimientos. Pero tal vez hay una marcada diferencia en vuestros caracteres, lo admito: él es animado, tú eres seria; pero tanto mejor: su ánimo sostendrá el tuyo. Es en ti natural dejarte abatir con facilidad e imaginar las dificultades mayores de lo que son. Su jovialidad vendrá a neutralizar esa tendencia. El no ve dificultades en nada y su optimismo y alegría será un constante soporte para ti. Que en este aspecto seáis diferentes, Birgitte, no pesa tanto. Estoy persuadido de que es mejor que sean diferentes los caracteres; quiero decir, diferentes en la exteriorización del humor, en los hábitos, en la mayor o menor preferencia para reunirse en sociedad, en la propensión a charlar o a estar callado, a estar serio o alegre. Ciertamente creo que contribuye a la felicidad de la pareja. Excluyo los extremos, desde luego; y una coincidencia demasiado exacta en todos esos puntos sería el camino más seguro para llegar a un extremo. Pero una oposición, suave y constante, es la mejor salvaguardia de que los complementarios también se unen.

Fácilmente pudo Birgitte adivinar dónde tenía él puesto ahora su pensamiento. El poder de Marie se manifestaba de nuevo con toda su pujanza. Aquello de esquivarla había terminado ya. Precisamente ayer había hablado de ella con satisfacción en la preparación de una clase.

Después de darle ocasión de que se entregara a tal dulces pensamientos por unos minutos, Birgitte, considerando que a ella correspondía hacerlo, volvió al tema de Frederick y dijo:

—No es por su genio o su carácter o por su alegría. Aunque su alegría me abrumba también y la diferencia que nos separa es demasiado grande. Pero hay algo más, que es su modo de ser. Recuerdo cómo le vi comportarse cuando tenía aquella novia, la pobre, entonces él fue incorrecto, prestaba sus atenciones a los demás, incluso a otras profesoras, cuando estuvimos en aquella fiesta y yo vi como ella se mostró celosa de él. Pero a él no parecía importarle ponerla en

evidencia.

—Pero Birgitte —replicó Ignatius sin apenas escucharla hasta el final—, no queremos ninguno de nosotros que se nos juzgue por lo que parecíamos hace dos años. Es la época con más aversión que puedo recordar. También yo tenía abiertos los ojos pero no supe hacer como si nada. También veía que las otras profesoras se propasaban con él.

—Como simple espectadora, acaso yo vi más de lo que tú pudiste ver. Y creo que su novia de aquel momento estuvo a veces muy celosa y hasta resentida contra él.

—Muy posible. Y me horroriza también que en aquel momento yo me mostré poco reflexivo y sin ninguna intención me gustaba también atraer la admiración de algunas chicas. Pero esas chicas con toda su alegría y naturalidad no me decían nada. Pero tú y Marie que sois mujeres sensibles habéis hecho que yo ya no esté acostumbrado al trato de jovencitas.

—Pero respecto a él, yo tengo la convicción de que no piensa como debiera sobre cosas serias.

—Creo que el momento anterior a la crisis económica las gentes pensaban de otro modo. El ha tenido laxitud de principios pero también porque en su ambiente se gastaba entonces mucho más, había más liberalidad, no había tanta necesidad. La gente no pensaba en el matrimonio para toda la vida, en verdad, la gente no se casaba. Pero yo creo que él ha cambiado tal vez con la edad, con las oportunidades, él parece una persona ahora más asentada. Y de hecho, al haberte elegido a ti, eso dice mucho de él ahora y de ti, porque ahora te tiene en gran consideración.

—¡No me comprometería a desempeñar semejante cargo! —exclamó Birgitte, con marcado acento de inhibición—... ¡semejante cometido de tan alta responsabilidad!

—¡Cómo siempre, convencida de tu incapacidad para lo que sea! ¡Siempre imaginándolo todo demasiado importante para ti!

Demasiado bien él lo presentaba para que ella tuviera nada que decir y ambos estuvieron paseando unos veinte metros, silenciosos y abstraídos. Ignatius fue el primero en empezar de nuevo:

—Ayer hablé con Marie y hablamos también del asunto. Yo temía que ella se fijara en el

asunto de la diferencia de estatus o la diferencia económica, pero ella habló correctamente de ti y no le dio importancia a esas exterioridades. Ella confiaba todo a los sentimientos tuyos y los de Frederick. Ella lo enfocó con franqueza y sinceridad y con ese espíritu y delicadeza que forman parte de su mismo ser.

—Yo hubiera creído —dijo Birgitte, haciendo una pausa durante la cual se esforzó en concentrarse—, que toda mujer tiene que admitir la posibilidad de que un hombre no fuese aceptado, no fuese amado, por agradable que él pueda ser para la mayoría. Aunque reúna todas las perfecciones del mundo, creo que no debería dejarse sentado como indudable que un hombre tiene que ser aceptado por todas las mujeres que a él se le ocurra querer. Tal vez esté programado incluso genéticamente para eso, por la reproducción. Pero no más que para eso. Y suponiéndolo ¿cómo iba yo a corresponderle, cómo iba yo a estar preparada si me cogió totalmente por sorpresa? Hace dos años habría sido el colmo de la vanidad hacerme ilusiones con él y luego nuestra relación se limitó siempre a lo profesional, en lo que yo le valoro con excelencia sobrada. Pero no podía sentirme enamorada de él de repente en el instante, ni porque hubiéramos pasado una crisis económica y de repente todos nuestros principios hubieran cambiado. Yo tenía mis principios antes y también los tengo ahora y no han cambiado. Y... y... en cuanto a Marie tenemos unas ideas distintas de la naturaleza del sexo femenino, si ella puede suponer a una mujer capaz de corresponder tan pronto a un afecto como el que este parece implicar.

—¡Birgitte, Birgitte...! Ahora conozco la verdad. Sé que es esta la verdad y muy digno de ti estos sentimientos. Ya antes te los había atribuido. Pero yo pienso que Marie se resistió a creerlo por el cariño o la amistad que siente por Frederick. Pero yo le dije que en ti dominaba la costumbre y no la novedad y que tú no podías tolerar algo a lo que no estuvieras acostumbrada... y otras muchas cosas por el estilo, a fin de darle una idea de tu natural.

Birgitte esbozó con dificultad aquí una sonrisa, pero sus sentimientos estaban revueltos. Temía haber hecho mal hablando demasiado, exagerando la cautela que había considerado necesaria... Guardándose de un peligro para exponerse al otro peligro de que hablaran de ella como si fuera un asunto amargo y que se agravaría con el tiempo.

Ignatius vio fatiga y angustia en su rostro y en el acto resolvió abstenerse de toda insistencia y no volver a mencionar más a la persona si había de resultarle desagradable.

Era preferible no prolongar la conversación, y entendiéndolo así, Ignatius como un guardián o un amigo privilegiado, la condujo al interior de la facultad, con sus galerías fortificadas en piedra,

una balastrada y su artesanado de madera.

Capítulo 11

Birgitte salió de la biblioteca para dar su cotidiano paseo solitario por los arbustos, cuando vio que Marie se le acercaba, lo que le causó un primer susto. Pero luego vio que en sus palabras había una expresión mucho menos intencionada de lo que había esperado.

—Necesito hablar contigo —dijo Marie— unos minutos, donde sea. Me han dicho que ya está decidido y se te ha concedido la beca para ir a Guatemala. Es fantástico. Deberás estar contenta.

Palabras que Birgitte sintió correr por todo su cuerpo, en todo su pulso y en todos sus nervios. Se condujeron hacia el paseo de los arbustos.

—Sí, así es. Será solo por dos meses con la posibilidad de prolongarlo un poco más. El seminario tratará el tema de “la pobreza física y espiritual de las mujeres”.

Pero Marie parecía tener la mente ocupada en un ensueño de dulces evocaciones. Ella misma había conocido a Ignatius en una beca similar en Latinoamérica, y fue a partir de ahí que surgió la posibilidad para la dirección de la tesis de Ignatius. Desde entonces ella siempre había tenido una ascendencia moral sobre él.

—Me ha dado un pequeño arrebató al recordar también mi propio viaje como becaria. Fue un viaje delicioso y espero que también pueda serlo para ti.

Hubo dicho esto con un grado de convicción y de ternura que le sorprendió a Birgitte en ella, pero que ahora le pareció muy correcto, y se separó algo de ella para serenarse mientras continuaban el paseo.

—Pero sentémonos aquí en este banco y charlemos, pues, sí, no me gustaría reñirte, porque no tengo el valor —y Marie abrazándola efusivamente, añadió—: ¡Mi buena amiga y dulce Birgitte! Cuando pienso que nos dejas así y te vas a un sitio tan apartado, me siento incapaz totalmente de hacer nada más que quererte.

Birgitte se emocionó. No había previsto nada de aquello, y sus sentimientos raras veces podían resistir la melancólica influencia de una separación. Se puso a llorar como si quisiera a

Marie más de lo que en realidad podía; y ésta más suavizada aún al verla tan impresionada, se apoyó en ella con ternura y dijo:

—Me resulta odioso tener que separarnos ahora. En el departamento habíamos encontrado ahora una armonía entre los profesores. Yo sé que Frederick, y estas lágrimas me convencen, siente mucho por ti.

Birgitte salió de su marasmo pero permaneció silenciosa por espacio de unos minutos, meditando sobre sus amigos y sobre las clases de amistad. Pero fue Marie la primera en romper el silencio:

—Vamos, Birgitte, te veo en un completo arrobamiento... pensando, espero, en alguien que siempre piensa en ti. Tendríamos que dejar Oxford y salir juntas por Londres un fin de semana y ver los círculos de amistad que tiene Frederick para que te convencieras de que serías el objeto de la envidia de muchas. Sólo tú, nada más que tú, insensible Birgitte, eres capaz de pensar en él con una especie de indiferencia. ¿Pero eres, en realidad, tan insensible como muestras? No, no, ya veo que no.

Era, en efecto, tan intenso el rubor que en aquellos momentos cubría el rostro de Birgitte, como para convertir en certidumbre la sospecha de una mente.

—Pero, Birgitte, no quiero atormentarte. Todo seguirá su curso. Pero una cosa debes tener en cuenta: que ese defecto, eso de gustarle que las chicas se enamoren un poco de él, no es ni la mitad de peligroso para la felicidad de una mujer que una propensión a enamorarse él mismo, cosa a la que nunca tuvo afición. Y creo, seriamente y de verdad, que ha quedado prendado de ti como nunca lo estuvo de ninguna.

Birgitte no pudo evitar una débil sonrisa y, contestando sólo en parte, dijo:

—No puedo considerar bien a un hombre que juega con los sentimientos de cualquier mujer; con ello se causan a menudo sufrimientos mayores de lo que pueda suponer un observador circunstancial.

Un efusivo, muy efusivo, abrazo y cierta afectación en el acento acompañaron estas palabras:

—Tienes que escribirme, porque estaré atenta a todo lo que te pueda pasar o puedas necesitar.

No cabía resistencia para Birgitte ante un afecto tan manifiesto. Su natural estaba especialmente dotado para apreciar un trato cariñoso; y por haberlo recibido hasta entonces en pocas veces, tanto más le impresionaba el de Marie.

Luego al regresar a la facultad hubo otra despedida. Frederick acudió y estuvo un rato con ellas dos, y como el estado de ánimo de Birgitte no fuera precisamente el más tenso, por unos momentos se enterneció su corazón al verle allí, pues en realidad parecía sufrir. Pero muy distinto a su habitual modo de ser, apenas dijo nada más que lo necesario, como mantener un lógico contacto. Era evidente que él se sentía abrumado, y no insistió más en sus muestras de afecto. Cuando llegó el momento del adiós él sólo le cogió la mano y se la estrechó, pero no dijo nada que ella pudiera oír. Todo aquello era un rasgo de amistad que ella no pudo negar.

Frederick sospechaba en su interior que con esta separación, tal vez, ella podría indagar si le echaría de menos, ante el vacío de la pérdida y de aquellas atenciones que antes había considerado como un mal. Él esperaba que la pérdida de aquella admiración, el sentirse que se hunde en la nada otra vez, despertaría en el espíritu de Birgitte algunas añoranzas. La observó con esta idea pero apenas pudo decir algo en provecho. El no podía apreciar que hubiera en su ánimo ninguna mutación. Ella era siempre dulce y reservada en sus emociones.

En cuanto a Ignatius no pudo verle hasta más tarde que coincidieron en el despacho. Pero la intranquilidad que ella sentía respecto a él era porque ahora veía que él seguía su curso favorable para un convencimiento más profundo en la relación que él tenía con Marie. Aunque no había más que amistad y una relación profesional entre ellos, ella sabía que había también sentimientos que no habían florecido hasta el momento, porque tal vez la situación de trabajo de Ignatius no era estable hasta que no presentara la tesis. Pero Birgitte sentía que por parte de él la inclinación era más fuerte, y por parte de Marie, menos equívoca. Los prejuicios, los escrúpulos que anteriormente había sentido Frederick, basados en la integridad de ella, en el compromiso ideológico, ahora estaban todos desechados... nadie podía saber cómo. Y las dudas y vacilaciones de Marie, motivadas por su ambición, se habían igualmente superado, y también sin razón aparente. Sólo cabía imputarlo a un creciente afecto. Los buenos sentimientos de él y los malos de ella se rendían al amor, y este amor tendría que unirlos.

No obstante, prevalecían en Marie unos principios deplorables que a ella le hacían pensar en que ese proyecto de amor sería penosísimo, independientemente (ella creía que independientemente) de sus propios sentimientos.

En la misma conversación mantenida últimamente entre ambas, Marie, a pesar de ciertas demostraciones de ternura y de amabilidad, siguió siendo la misma Marie, siguió mostrando una mente ofuscada, extraviada por lo que ella creía que emanaba de luz en la sociedad. Podía amar a Frederick pero no le merecía por ningún otro sentimiento. Birgitte apenas creía que pudiera unirles un segundo sentimiento afín. Y además no contemplaba mejoría por parte de ella. Como aquella era su convicción, mucho sufría por ese motivo y nunca podía hablar sin pena de Marie.

Por su parte, Ignatius se refirió a Birgitte, considerando que el proyecto de beca en Guatemala y el viaje en sí eran muy buenos y que no podía ser más oportuno el momento. Y no cabía duda que sería en extremo agradable para Birgitte, que podría practicar muy bien el español, que era su segundo idioma. En verdad, él estaba satisfecho previendo que habría beneficios directos para su curriculum. Deseaba, ciertamente, que fuera hasta allí por su propio gusto. Y deseaba que no se sintiese cansada cuando estuviese allí o que echase de menos la falta de algunos refinamientos y lujos como tenía aquí. Pero eso también la llevaría a justipreciar el valor de los sitios. En parte, era un plan curativo para el entendimiento de ella, pues él suponía que también ella había sufrido con los últimos acontecimientos. En realidad, ella no podría evitar una explosión de júbilo al estar entre hispanos y personas solidarias, porque le encantaba mezclarse con la gente simple y sencilla. Pero por muy inmenso que fuera su gozo, la suya era una clase de felicidad reposada, profunda, íntima. Y más se inclinaba todavía a callar cuando sentía con más fuerza.

Verse de nuevo en el centro de aquel círculo humano, sentir cariño sin temor ni limitación; sentirse igual a los que la rodeasen; verse libre de cualquier alusión a Frederick o Marie. Era este un proyecto para ser saboreado con una intensidad que sólo a medias podía traslucirse.

E Ignatius, además... Pasar dos meses alejada de él (y tal vez le permitiesen prolongar hasta dos meses y medio la ausencia), tenía que ser para ella un gran bien. Con tierra por medio, sin el asedio de sus miradas y de sus bondades, a salvo de la perpetua tortura de estar leyendo en su corazón y de esforzarse en evitar sus confidencias, estaría en mejores condiciones para razonar más sensatamente; sería capaz de no sentirse tan desgraciada como a veces se sentía.

Pero aquel fue en sustancia un discurso confidencial de Ignatius para ella, porque tanto le dolió a Birgitte que él pronunciara el nombre de Marie ante ella y que le dijera que debía saberlo, que él tenía ya el proyecto serio con ella de iniciar una relación estable. Todo lo estable que se pudiese, hasta que él fuese profesor con título, y no sólo como ayudante.

E Ignatius, en el momento oportuno, añadió como en un susurro:

—Yo también te escribiré, Birgitte, como Marie. Siempre que tenga algo digno que contarte..., algo que supongo te gustará saber, y de lo que sin duda no te gustaría enterarte por otro conducto.

Si Birgitte hubiese podido dudar del significado de aquellas palabras mientras le escuchaba, la viva ilusión que observó en su rostro al levantar la mirada hubiera desvanecido toda duda.

Debía armarse de valor para cuando llegase aquel correo. ¡Que un email de Ignatius tuviera que ser motivo de terror! Empezó a darse cuenta de que no había pasado aun por todos los cambios de opinión y sentimiento que el transcurso del tiempo y la variación de circunstancias ocasionan en este mundo los cambios. Las vicisitudes del espíritu humano no se habían agotado todavía en ella.

¡Pobre Birgitte! Había en su corazón mucha tristeza al despedirse de Ignatius. Aún partiendo con gusto e ilusión, esas últimas horas en la facultad le aportaron lágrimas. No sabía arrancarse de su lado a sus queridos moradores. Lo besó en la mejilla con mal reprimido sollozo y se marchó para preparar el viaje de mañana a primera hora, estando ya todo decidido. Él se ofreció a acompañarla al aeropuerto pero ella no quiso, no era necesario, y él tenía clases. Pero le escribiría un mensaje al llegar.

Ella no pudo hablar ni mirar ni pensar cuando se despidió de él con un abrazo, que él le otorgó. Y no fue hasta después que todo hubo pasado, cuando se dio cuenta de que él acababa de darle el cariñoso adiós como de un hermano.

Todo esto sucedió la tarde anterior a la partida, pues el viaje debía emprenderse muy temprano.

Capítulo 12

“Con la experiencia histórica de la que disponemos hoy, en particular sobre los éxitos y fracasos observados a lo largo del siglo XX, es posible dibujar el perímetro de un socialismo participativo y de una propiedad temporal y compartida que permita superar a la vez el capitalismo y el soviétismo. En concreto, es posible conciliar la descentralización de propiedades privadas de tamaño razonable y, al mismo tiempo, impedir la concentración excesiva de capital, gracias especialmente a la fiscalidad progresiva sobre la propiedad, a la dotación universal en capital y al reparto de los derechos de voto entre accionistas y empleados. Para que las virtudes de la descentralización sean reales es necesario que el concepto de igualdad incluya la aceptación serena de las diferencias legítimas entre individuos, que son múltiples, en especial en términos de aspiraciones y formación, así como de su importancia en la organización socioeconómica de un país. Ahora bien el comunismo, en su forma soviética, tal vez bajo el efecto de cierta ilusión industrialista y productivista, tendió a restar importancia y legitimidad a esas diferencias. En concreto, si se acepta que las necesidades humanas son poco numerosas y relativamente homogéneas (alimentarse, vestirse, tener una vivienda, educarse, cuidar la salud), y uno se convence de que los bienes y servicios que satisfacen esas necesidades pueden ser los mismos para todo el mundo (en parte, por buenas razones, relacionadas con la unidad fundamental de la especie humana), entonces la descentralización pierde interés. Una organización basada en la planificación centralizada que asigna cada recurso humano y material a una tarea puede ser suficiente.

>El problema es que la organización económica y social que las sociedades humanas deben resolver es más compleja. Existe una infinita diversidad de bienes y servicios que los individuos “necesitan” para hacer su vida y llevar a cabo sus proyectos y aspiraciones. Algunas de esas necesidades son artificiales en ocasiones, pero una parte importante de esa diversidad de necesidades es legítima y no puede reglamentarse desde lo alto del Estado a riesgo de exponerse a una brutalización del individuo. Una organización estatal centralizada no podría hacerlo, no sólo porque una estructura estatal nunca podrá reunir toda la información pertinente sobre las características de cada individuo, sino porque, además, el simple hecho de tratar de recabarla de manera sistemática podría afectar negativamente a los procesos sociales por medio de los cuales los individuos aprenden a conocerse a sí mismos.”

El simposio sobre las cuestiones raciales y migratorias casi había tocado su cenit con las

participaciones de diversos colegas de Birgitte de diferentes nacionalidades que se reunían en Guatemala. Pero ahora ella tenía el turno y tenía que hacer un nuevo planteamiento atendiendo a la cuestión de las desigualdades de género y sexo. Ella tomó la palabra:

“Repararemos la persistencia de fuertes disparidades de tipo patriarcal entre hombres y mujeres, a las que sólo es posible poner fin con medidas voluntaristas extremadamente fuertes. Tal y como hemos visto, las desigualdades de renta y riqueza relacionadas con el género siguen siendo muy acusadas. Diversas investigaciones han puesto de relieve la importancia del aumento de los divorcios, las separaciones y la fragilidad económica de las mujeres, haciendo especial hincapié en el caso de las madres solas. Esta evolución es síntoma de las profundas transformaciones socioeconómicas y político-ideológicas relativas a la estructura familiar y a la igualdad entre hombres y mujeres. El objetivo de la igualdad profesional ha ido sustituyendo el modelo patriarcal e ideológico del ama de casa (tendencia dominante en las décadas de 1950 y 1960, extremadamente interiorizada por una proporción significativa de mujeres). Mi mirada también está determinada por mi trayectoria personal. Mis orígenes familiares me han expuesto a toda una diversidad de entornos sociales y convicciones políticas. He visto a mis dos abuelas, una era infeliz con su vida burguesa y falleció prematuramente y la otra era sirvienta en una granja y la sobrevivió. Yo nací y crecí en un ambiente de libertad, que es el que me dieron mis padres, me hice adulta viendo el colapso de las dictaduras comunistas en 1989, cuando era estudiante, y luego siguió la guerra del Golfo en 1991. Si examino toda esa evolución y lo que me ha llevado a modificar significativamente mis concepciones iniciales, que eran más liberales y menos socialistas de lo que después han llegado a ser, tendría que comprender que la reducción de las desigualdades durante el siglo pasado se logró en un entorno de violencia, y con la crisis última financiera de 2008 todos tuvimos conciencia de las grandes debilidades financieras e internacionales del capitalismo mundial. Sobre la pauperización de las mujeres se puede considerar que esta ha aumentado y que es falso considerar que la tendencia hacia la igualdad entre hombres y mujeres es algo “natural” e irreversible. En las últimas décadas se observa un aumento muy importante de la separación de bienes en las parejas, tanto en los matrimonios como en las nuevas formas de unión civil diferentes al matrimonio. En teoría, esta evolución podría ser el complemento lógico de un movimiento hacia una mayor igualdad profesional entre hombres y mujeres, así como un síntoma de la mayor individualización de las trayectorias profesionales. En la práctica, teniendo en cuenta que la desigualdad salarial sigue siendo muy elevada, sobre todo debido a la interrupción de las carreras femeninas a causa de la maternidad y la crianza, el aumento de la separación de bienes ha beneficiado sobre todo a los hombres. Paradójicamente, este fenómeno ha contribuido a una progresión de las desigualdades patrimoniales entre hombres y mujeres (sobre todo, a raíz de los divorcios y separaciones), al contrario de lo que ha ocurrido

con los salarios. Este tipo de transformaciones, muy poco estudiadas, ilustran una vez más el papel central del régimen legal y fiscal en la estructuración de los regímenes desiguitarios. Por otra parte, las parejas tienden a formarse entre personas que disponen de aportaciones patrimoniales similares (no sólo un nivel de salario sino de estudios similar), propensión que ha aumentado de manera significativa. En cierto modo, es una vuelta al mundo de la homogamia patrimonial y profesional existente en el mundo propietario del siglo XIX, así como esto ha influido en el deterioro de la igualdad de rentas entre parejas y es muy posible que esta homogamia patrimonial prosiga durante el siglo XXI.

>Si se quiere acelerar el proceso de convergencia, parece necesario adoptar medidas voluntaristas. Se puede pensar, por ejemplo, en dispositivos de cuotas o de “reservas”, no sólo en lo relativo a los puestos electivos, como ya sucede en muchos países, sino a los puestos de responsabilidad en empresas, administraciones y universidades. Asimismo, parece necesaria una reflexión sobre la organización del tiempo de trabajo y la relación entre la vida profesional y la vida familiar y personal. Una parte importante de los hombres que reciben las remuneraciones más altas pasan buena parte de su vida sin apenas ver a sus hijos, sus familias y sus amigos, ni al mundo exterior (incluso cuando tienen los medios para hacerlo, lo que no ocurre con los trabajadores peor remunerados). Resolver el problema de la desigualdad entre hombres y mujeres incitando a las mujeres a hacer lo mismo no es necesariamente la mejor solución. Algunas investigaciones han mostrado que las profesiones en las que la igualdad entre hombres y mujeres ha progresado más son aquellas en las que la organización del trabajo permite gestionar mejor los horarios”.

La ciudad de Guatemala era la sede del simposio y al día siguiente estuvieron visitando algunas rutas de restos de civilizaciones mayas, como Nakbé, Uaxactún y Tikal, con templos, tumbas y restos de palacios. Estas ciudades estaban consideradas como la cultura madre de Mesoamérica, que desarrolló un sistema de escritura, matemático, agrícola y astronómico que hicieron de los mayas la cultura más desarrollada y sofisticada entre 1500 a. C. y el 300. El Templo del Gran Jaguar de Tikal llamó poderosamente la atención de Birgitte, y es uno de los máximos símbolos representativos de Guatemala.

Luego se acercaron a la cuenca del Mirador donde visitaron una escuela con niños indígenas. Birgitte se interesó por las clases y por hablar con algunas niñas, a las que se les estaba enseñando a leer. Una niña era preciosa, con los ojos muy negros, se llamaba Alma y pudo percibir su sonrojo al hablar con ella. Era una niña muy tierna. Tenían montada una biblioteca circulante y se prestaban los libros entre unos niños y otros. A ella le gustó esa idea y prometió

participar en colaborar con la biblioteca. En principio, su lugar de trabajo estaba en la Ciudad de Guatemala, pero no obstante, pensó que debía volver a ese lugar más veces y enterarse un poco de la vida de Alma y de otros niños y niñas.

Allí se vivía en una constante algarabía y se oían ruidos y se levantaban las voces. En verdad Birgitte con su temperamento delicado no estaba acostumbrada a aquel desorden. Nadie permanecía sentado en reposo aunque la maestra imponía silencio a cada momento. Birgitte se dio cuenta de que necesitaban más recursos humanos y materiales. Tuvo la idea de ofrecerse como ayudante mientras terminaba su tesis, pero tendría que consultarlo con la facultad para pedir permiso y trasladarse hasta allí. El lugar no podía ser más hermoso. Tenían vistas de un templo y había una naturaleza desbordante. Sólo se podía acceder a la reserva por helicóptero y esto hacía que el viaje fuese más aventurero. Pero decidió que se instalaría allí con esos niños. Allí encontraría la paz que ella necesitaba en esos momentos. Además podían hacer excursiones hacia el océano Atlántico para ver el mar, lo que añadía una atracción turística más al lugar.

Capítulo 13

En el cambio Birgitte acertó a suponer que aquella pausa representaría un gran alivio para ella. Se había producido en su espíritu otra extraña revolución. En su actual destierro de la buena sociedad de Oxford, y alejada de todo aquello que solía interesarla, las conexiones con internet eran lentas y sólo podía accederse con uno de los ordenadores que había en el refugio o escuela, que estaban dotados con conexión fija.

En ese momento y en cierta forma era liberador recibir un email extenso de algún amigo o amiga que le trajera la afectuosidad y la elegancia del mundo de Oxford. Y se sorprendió al comprobar que un email de Marie, que en otras ocasiones podía haberle perturbado, ahora era bien recibido. El argumento usual, alegando crecientes compromisos, servía de excusa por no haber escrito antes.

Había en este email abundante materia para la meditación, especialmente para desagradables meditaciones; y no obstante, con todo el desasosiego que proporcionaba la lectura, la ponía en contacto con los ausentes, le hablaba de personas y cosas por las cuales nunca había sentido tanta curiosidad como ahora, y contenta hubiera estado de tener asegurado un email como aquel cada semana.

El primer consuelo verdadero que tuvo Birgitte en su decidido destierro, que su conciencia pudo aprobar por completo y que le brindaba alguna perspectiva de estabilidad, fue ayudar en la escuela a los niños, y más exactamente interesarse por Alma, que era una niña especial, y con la esperanza de poderle prestar algún servicio.

Ella era una niña algo más mayor, tenía ya diez años, pero veía como las otras profesoras sólo depositaban su ternura y compasión en los niños más pequeños y ella quedaba un poco apartada. Alma tenía un carácter no dócil y a veces se defendía y exigía un buen trato o pedía lo que quería. A veces su proceder era incorrecto, sus recursos con frecuencia mal elegidos y su actitud y lenguaje muy a menudo indefendibles, Birgitte no podía dejar de apreciarlo. Pero empezó a abrigar la esperanza de que todo ello podría corregirse. Veía que Alma la respetaba y deseaba ganarse su buena opinión. Y no obstante lo nuevo que era para Birgitte cualquier cosa parecida al ejercicio de una autoridad, no obstante lo nuevo que era para ella imaginarse capaz de guiar o enseñar a alguien, tomó la resolución de hacer a Alma eventuales insinuaciones y tratar de darle,

en su beneficio, unas nociones más justas del respeto que era debido a cada cual, así como de lo que sería en ella un proceder más discreto; cosas que la educación de Birgitte, más favorecida, había inculcado a su espíritu.

Su influencia se dejó notar haciendo un acto de bondad y regalándole una preciosa pulsera de hilo de colores trenzado a la manera de los mayas. También le dio consejos, consejos demasiado justos para que pudiera oponerles resistencia una mente sana. Y los daba, además, con tanta suavidad y consideración, que no hubiesen podido irritar a un carácter imperfecto. Y tuvo la dicha de observar con frecuencia sus buenos efectos. Tenía en cuenta lo prudente que era observar también sumisión y tolerancia y se mostraba inspirada por una afinidad de sentimientos. De lo que más llegó pronto a maravillarse fue, no de que ciertas provocaciones hubiesen llevado a Alma a mostrarse irrespetuosa e intolerante a pesar de su buen criterio, sino de que ese buen criterio, ese magnífico sentido, pudiera existir en ella. Y de que crecida en medio del abandono y del error, tuviera unas ideas tan justas acerca de lo que era correcto.

La mayor intimidad así iniciada entre ellas fue para ambas una ventaja principal. Pues así podían permanecer en la escuela y acceder a las habitaciones, a la biblioteca y al comedor juntas. Por lo que se ahorraban una buena parte de los alborotos domésticos que formaban los otros niños.

Capítulo 14

Habían transcurrido cuatro semanas desde que llegó a Guatemala y Birgitte sólo había recibido en email de Ignatius y no era nada extenso y ya hacía dos semanas que no sabía nada de él. De este silencio cabía extraerse diferentes consecuencias entre las cuales fluctuaba su mente. O la presentación de su tesis había quedado aplazada de nuevo, o todavía no se había declarado a solas a Marie, o era demasiado feliz como para escribir emails.

Por entonces, cuando Birgitte ya empezaba a contar su quinta semana lejos de sus amigos de Oxford, y se disponía como cada mañana a consultar su correspondencia en la sala de los ordenadores, la detuvo la llamada de un visitante. Era la voz de un hombre que había preguntado por ella y que se encontraba en el recibidor de la escuela. Entonces al tener Birgitte que pasar por el recibidor escuchó que la voz no le era desconocida, sino de alguien que la hizo palidecer al entrar dentro y mirarla desde la puerta del salón. Se trataba de Frederick.

El buen sentido de Birgitte respondió al ser requerida y tras saludarlo con un saludo de mano, fue presentado a la directora del centro que se encontraba en la escuela con ellos. Después de la presentación, sin embargo, y una vez sentados en el salón, el espanto que la acometió al preguntarse adónde podría conducir tal visita fue abrumador, hasta el punto que creyó estar a punto de desmayarse.

Mientras se esforzaba por conservar el sentido, Frederick, que al principio se le había acercado con el aire animado de siempre, desvió prudentemente la mirada, dándole tiempo a Birgitte a recobrase, mientras miraba a una niña que aparecía en el salón, era Alma, la cual también fue presentada y se sentó con ellos al lado de Birgitte. Estimulada por semejante amiguita Birgitte mostró una sincera gratitud por la visita, aunque no podía comprenderlo. Entre otros motivos de inquietud se añadía su vergüenza porque él la encontrara en ese lugar tan retirado y tan lejos de las comodidades que ellos acostumbraban a tener.

Hablaron también de Ignatius y de su tesis. Por lo visto aun no la había presentado. Él había llegado el día anterior y ahora al coger el helicóptero ya no tenía más residencia que la que pudiera encontrar en el albergue de la escuela, pero enseguida la directora, que estuvo hablando con él desde el principio y lo había encontrado tan agradable en su trato y maneras, le ofreció la posibilidad de quedarse por unos días.

Entonces ella también se alegró y parecía que ahora podía hablar de un modo más distendido. Él le dijo que había estado en Londres y allí había visto a su hermano en su nuevo trabajo y que estuvieron charlando durante media hora. Después de hablar un rato en el interior de la escuela, él empezó a insinuar lo oportuno de dar un paseo matinal.

—La mañana es deliciosa y la luz es aquí tan radiante que sería mejor aprovecharla y salir sin demora.

De esa forma salieron Alma, Birgitte y Frederick a dar un paseo. Y lo primero que visitaron fue la escuela adyacente con todos los niños. Después alguien en la escuela, un ayudante, se ofreció a llevarles a visitar el templo maya que había en los alrededores y cogieron el camino.

Terminado de visitar, Birgitte se sentó junto a Alma en una mole de piedra en el camino. Birgitte estaba necesitada de descanso. El acompañante los guio hasta donde debían saber ya regresar por sí solos del paseo hasta la escuela. Frederick hubiera deseado también verse libre de la amiguita. Una chiquilla avispada de la edad de Alma siempre era todo ojos y oídos. Ante ella, no había manera de enfocar la cuestión principal. Hubo de contentarse con mostrarse simpático en común, dejar que Alma tuviera su parte de diversión y permitirse de vez en cuando, una mirada o una insinuación a Birgitte. De lo que más habló fue de su estancia en Londres, habló de una conferencia y de sus relaciones con personas que Birgitte admiraba por su rasgo ideológico y de compromiso. Le dijo que esperaba colaborar en un libro con ellos. Aquello pareció no sólo ameno, sino realmente lleno de interés para Birgitte. Le habló de tener la asistencia pronto de una persona en su departamento (solo podía pensar en ella) que le ayudase a llevar la dirección de la investigación.

Ella volvió la cabeza deseando que él no siguiera por aquel camino. Sentíase dispuesta a conceder que Frederick tal vez tuviera mejores cualidades de las que ella había supuesto. Empezaba a considerar la posibilidad de que al fin se convirtiera en una buena persona, pero era y siempre sería incompatible con ella y no debía pensar en ella.

No obstante se mostró mucho más delicado y atento para con los sentimientos de los demás; nunca le había parecido tan agradable; su conducta respecto al ayudante había sido gentil, y en el caso que hizo a Alma había algo particularmente correcto y amable. Decididamente había mejorado.

Estuvieron comiendo juntos en la escuela rodeados de otros ayudantes y de la directora que los acompañó. Luego él se despidió de ella y se dispuso a alejarse en su habitación alegando que tenía correspondencia y escritos que leer y que necesitaba descansar, pero que esperaba que se verían al siguiente día, que sería el día de su partida. Y así se despidieron, sintiendo Birgitte una verdadera felicidad por el honor de la visita.

Capítulo 15

El día siguiente estuvo inquieta durante un rato. No obstante, lo mismo el día que el espectáculo que se abría a sus ojos, brindaban encantos que no podían dejar de pesar en su ánimo.

El día era singularmente delicioso. Era marzo en el calendario, pero parecía abril por la templada atmósfera, la suave y constante brisa, el radiante sol, que en ocasiones se nublaba por un minuto. Y todo parecía tan hermoso bajo el influjo de aquel cielo y sobre un lago que se encontraba cerca y que habían ido a visitar con el ayudante y con Alma. Había unos pequeños botes en el agua y se proyectaban juegos de sombras sobre ellos por la luz y más allá los matices eran cambiantes sobre el agua con su danza ondulante en una escollera donde hacía un rumor suave.

Todo ello brindaba a Birgitte una combinación de encantos maravillosa, que poco a poco llegó casi a olvidarse de las circunstancias en que le era dado gozarlos. Es más, necesitó apoyarse en el brazo de Frederick, pues carecía de fuerzas para vagar de aquel modo durante cerca de una hora. Birgitte empezaba a acusar el efecto de haber suspendido su ejercicio habitual y regular, había perdido fondo en cuanto a salud desde su llegada a aquel lugar.

El hechizo del día y del paisaje lo acusaba él lo mismo que ella. A menudo se detenían obedeciendo a un mismo gusto y sentimiento, y se apoyaban en las grandes piedras que servían de muros para sentarse o sujetarse, y se paraban para mirar y admirar; y considerando que él no era Ignatius, no pudo menos Birgitte reconocer que era bastante sensible a los encantos de la naturaleza y muy hábil para expresar su admiración. Ella se abandonaba de vez en cuando a un dulce arrobamiento, circunstancia que él pudo aprovechar en alguna ocasión para mirarla al rostro; y el resultado de tales observaciones fue la afirmación de que su rostro, aunque tan cautivador como siempre, no aparecía tan lozano como debía estar. Ella dijo que se encontraba muy bien, no gustándole que pudiera suponerse otra cosa; pero, en su apreciación de conjunto, él quedó convencido de que su actual residencia no tenía las comodidades y no podía satisfacerla y, por lo tanto, no podía ser saludable para ella; y empezó a mostrar impaciencia para que se arreglase su pronto regreso.

—Si te sientes aunque sólo sea un poquitín más floja o abatida que lo normal sólo tienes que escribirme o mandarme un mensaje o escribir a Marie e inmediatamente yo acudiré hasta aquí de

nuevo si hace falta para devolvete de regreso a Oxford.

Birgitte le dio las gracias pero trató de tomarlo a broma.

—Lo digo muy en serio —replicó Frederick—, como sabes perfectamente. Y espero que no ocultaras cualquier tendencia a una indisposición. No, no harás eso. Pues tan sólo mientras digas positivamente en todos los correos que le diriges a Marie, “sigo bien”, y yo sé que no puedes decir ni escribir una mentira, sólo mientras así lo hagas consideraremos que no se resiente tu salud.

Birgitte le dio las gracias otra vez, pero estaba impresionada y afligida hasta tal punto, que le fue imposible decir gran cosa, y ni siquiera estaba segura de lo que debía decir. Esto ocurrió hacia el final del paseo. Frederick acompañó a Birgitte y Alma hasta el último instante, hasta dejarlas en la puerta de la escuela, donde Alma entró para dirigirse al comedor, mientras los dos quedaron solos sin entrar dentro, con el pretexto de que él tenía que volver al aeropuerto y que ya tenía su maleta preparada y la habían puesto en el coche que le llevaría al helicóptero. Aún así le llevó un tiempo despedirse de ella.

—Me gustaría verte menos fatigada —dijo reteniendo todavía a Birgitte cuando los demás habían entrado—. Desearía dejarte con mejor salud. ¿Puedo hacer algo por ti en Londres? Tengo medias intenciones de recomendarte a estos profesores que te dije para que lean tu trabajo. Sabrás pronto ya algo de mí. No creo que ellos pongan reparos para estar en tu tribunal.

—¡Oh! Te lo agradezco muchísimo. Dale mis saludos a Marie y a Ignatius cuando los veas. A Ignatius dile que me escriba también algo porque parece que está muy ocupado con sus propios temas. Bien sabes.

—Pierde cuidado; y si se muestra perezoso o negligente, yo mismo te escribiré sus excusas.

No pudo decir más, pues Birgitte dio a entender que no estaba dispuesta a retenerle por más tiempo. Estrechó su mano y la miró a los ojos y la besó en la mejilla y se fue. Él fue a entretener el tiempo como pudo durante las dos horas siguientes hasta que pudo tomar el helicóptero que le devolvió a la Ciudad de Guatemala y desde allí ya tenía pasaje para volver a Londres.

Si aquello debía ser para Birgitte un tiempo de alejamiento pero un tiempo curativo para ella, por las necesidades del cuerpo y del espíritu, tampoco se trataba de llevar más lejos este

experimento y que ello pudiera exponerla a morir en la cura.

Birgitte quedó abatida para todo el resto del día. Aunque estaba segura de que no volvería a ver a Frederick, no podía evitar aquella postración. Era separarse de alguien que tenía el carácter de persona amiga; y aunque, bajo un aspecto, se alegraba de su partida, le parecía ahora como si la hubiese abandonado todo el mundo. Era una especie de renovada separación.

Pero se sentía muy abatida. La asombrosa mejora que seguía imaginando o veía en Frederick era lo más cerca que estaba de proporcionarle algún consuelo dentro de la corriente de sus pensamientos. Al no tener en cuenta lo distinto del medio en que poco a poco le había visto, ni lo mucho que podía atribuirse a efecto de contraste, estaba completamente convencida de que ahora era mil veces más delicado y considerado para con los demás que antes. ¿Y si así era en las cosas pequeñas, no había de serlo en las grandes? ¿No dejaría de persistir en su empeño porque eso a ella le agobiaba?

Capítulo 16

Si Frederick se había acordado del mensaje que ella le diera para Ignatius, creía probable, de lo más probable, que Ignatius le escribiera en todo caso; nada más de acuerdo con su bondad habitual; y hasta que se hubo librado de esta idea, que poco a poco fue extinguiéndose al no llegar ningún email en el curso de cuatro o cinco días, vivió en un estado de extrema inquietud y ansiedad.

Pero al fin se impuso algo parecido a la calma. Era preciso dominar la impaciencia, y no permitir que la abatiera y la dejase inútil para todo. El tiempo hizo algo, sus propios esfuerzos algo más, y así pudo reanudar sus atenciones a Alma, despertándose de nuevo el mismo interés por ellas.

Alma se estaba encariñando mucho con Birgitte, y aunque sin nada de aquella temprana afición a los libros que tan fuerte había sido en ella, con una disposición mucho menos inclinada a las ocupaciones sedentarias, o al saber por el saber, era tan grande su deseo de no parecer ignorante que, unido a su fácil, clara comprensión de las cosas, la convertía en la más atenta, aprovechada y agradecida discípula. Birgitte era su oráculo. Las explicaciones y observaciones de Birgitte era el más importante complemento que cualquier libro impreso. Lo que ella le decía se quedaba mejor grabado en su memoria. Se notaba la falta de iniciación a la lectura desde los primeros años.

Sus conversaciones giraban en torno a temas tan elevados como la moral o como la historia precolombina. Pero también se repetían otros temas sobre la vida cotidiana y la vida en el ámbito donde Birgitte provenía.

Esperaba que de ello no resultase ningún mal; aunque, al poco tiempo, la gran admiración de Alma por cuanto Birgitte le contaba que se hacía o se decía en Londres, y su fervoroso anhelo de poder ir algún día hasta allí, parecían casi condenar a Birgitte por excitar sentimientos que no podía satisfacer.

Birgitte se dio exacta cuenta de que empezaba a sentir que cuando llegase el momento de su propia liberación de la cuenca del Mirador y de Guatemala, su dicha se vería no poco nublada por el hecho de dejar a Alma allí. Que una muchacha tan susceptible de mejoramiento tuviera que dejarse allí en condiciones más pobres era algo que la afligía más y más. Si ella llegara a

disponer algún día de un hogar familiar para invitarla... ¡Qué bendición! Y de haberle sido posible corresponder al amor de Frederick, la probabilidad de que él estaría muy lejos de oponerse a tal propósito hubiera contribuido más que nada al aumento de su bienestar. Le consideraba realmente bonachón, e imaginaba que acogería un proyecto como ese de buen agrado.

Capítulo 17

Habían transcurrido casi siete días más cuando el email esperado de Ignatius llegó para Birgitte. Al abrir el correo electrónico y ver su extensión, se dispuso a leer su contenido, lo que parecía un minucioso detalle de alabanzas hacia la criatura que él destinaba a su felicidad, pero había algo más, un motivo de preocupación. Este era el contenido del email:

“Querida Birgitte:

Excúsame por no haberte escrito antes. Frederick me dijo que deseabas noticias mías, pero me resultó imposible escribirte desde Londres, donde me encontraba. De haber podido mandarte algunas pequeñas líneas felices, estas no se hubieran hecho esperar, pero en ningún momento tuve motivos para lo mismo. Se trata de mi hermano mayor. Está enfermo de cáncer de colón y se le ha operado ya, aunque pronto quizá tendrá que operarse otra vez y sigue con tratamientos de rayo láser. Yo he estado asistiéndolo y haciendo turnos en el hospital junto con su familia y sus hijos, que se han encargado de los cuidados más laboriosos, aún cuando yo he intentado colaborar en todo momento con ellos, sobre todo, porque él, mi hermano, se da cuenta de su situación y es consciente de su sufrimiento. Ahora aquí en Oxford otra vez me encuentro en un estado de inseguridad mayor. Mis esperanzas son mucho más débiles pero no por mi hermano sino por Marie, pues acaba de partir con unas amigas a Francia a visitar la Borgoña, con el club del vino, y también visitarán la región de Champagne. Yo no he podido retenerla, ni ella tampoco ha querido aplazar este viaje, viendo como yo estaba sufriendo con lo de mi hermano. Para mí es un consuelo contarte cómo están ahora mis cosas, y cuales son mis planes en la actualidad, si puede decirse que tengo algún plan. Más me ha dolido, no obstante, su comportamiento conmigo, ante sus amistades, que el hecho de que partiese ahora para ese viaje. La encontré en una disposición distinta, cambiada, cuando está con sus amigas. No es necesario que me extienda en detalles. Ella se vuelve exigente y ambiciosa. Tú conoces el punto flaco de su carácter y puedes imaginar los sentimientos y expresiones que fueron mi tortura. Estaba de muy buen humor, pues acababan de llegar de un baile, y estaba rodeada de quienes prestan a su espíritu, demasiado vivo, el apoyo de su insano juicio. No me gusta esa amiga suya. Es una mujer insensible, vana, casada nada más que por conveniencia. Considero la intimidad de Marie con esas dos hermanas como la mayor desgracia de su vida y la mía. Hace años que la llevan extraviada. Si fuera posible apartarlas de ellas... Y a veces no desespero de conseguirlo, pues, a lo que parece, son ellas principalmente las que la tienen en gran aprecio; pero ella en cambio estoy seguro de que no las quiere como te quiere a ti. Cuando pienso en el gran afecto que por ti siente, y en todo lo que hay de sensato y

recto en su conducta como profesora y colaboradora y tutora de mi tesis, me parece una criatura muy diferente, capaz de todo lo noble, y me siento inclinado a censurarme por mi interpretación demasiado severa de un carácter juguetón. No puedo dejarla, Birgitte. Si no creyera que siente por mí alguna inclinación, no diría yo esto, desde luego; pero creo que sí la siente. Estoy convencido de que existe en ella una decidida preferencia. No tengo celos de nadie en particular. Es de la influencia del mundo elegante, en su conjunto, de lo que estoy celoso. Son los hábitos de la opulencia lo que temo. Pero podría soportar perderla mejor por no ser rico que por causa de la profesión. Y si me rechaza creo que este será el único motivo. Pero no nuestras ideologías personales o nuestra personal interpretación de algunas ideologías, claro que yo siempre me he considerado más del lado de la socialdemocracia y estoy convencido de que sistemas de cogestión en el trabajo, como el que existe en Suecia, son los que funcionan en la realidad económica de las naciones. Aquí estoy vertiendo mis pensamientos a medida que brotan de mi cerebro. Acaso sean a veces contradictorios, pero no por eso serán un reflejo menos fiel de mi ánimo. Pero no la puedo dejar. Con los lazos que ahora nos unen y los que nos unirán, excluirme a mí mismo de ese pequeño círculo de prestigio y de amistades, podría hacerme mucho daño en mi autoestima.

>Tendré que pensarlo un poco mejor. Este correo, tan lleno de mis preocupaciones, sería suficiente para fatigar hasta la amistad de una amiga como tú, Birgitte. La última vez que vi a Frederick partía para Londres, y cada vez me satisface más todo lo que veo y oigo de él. No hay una sombra de vacilación. Está muy seguro de sus intenciones y obra de acuerdo con su resolución: inestimable cualidad. Es mucho lo que te echamos en falta aquí en Oxford, aquí formamos un grupo que no tiene nada de alegre sin ti. Yo siento tu ausencia más de lo que soy capaz de expresar. Ya sólo queda muy poco para tu regreso, aunque lo has prolongado una semana más pero creo que ya es suficiente. Te necesitamos aquí en el departamento, tenemos que formar nuevos grupos de trabajo. Y necesitamos contar con tu opinión y tus teorías acerca de las teorías desigualitarias y la teoría del género, donde tú eres maestra. No tengo humor suficiente para estar a gusto con nadie. Sobre las novedades de Oxford no puedo contarte ahora más. Te deseo un feliz regreso y espero tus progresos hayan sido muchos en aquel retiro. Abrazos. Frederick”.

Capítulo 18

—Nunca más... no, nunca jamás, volveré a desear que me llegue un correo de Ignatius —fue la secreta declaración de Birgitte, cuando hubo leído esta—. ¿Qué puede traerme sino penas y desengaños?

Birgitte reprimió como pudo la tendencia de esos pensamientos, pero estuvo a medio minuto de no poder calmar su irritación y estuvo casi exasperada en su disgusto e indignación con Ignatius.

—Nada bueno puede salir de aquí —se dijo—. Constantemente aplaza la tentativa de declararse a Marie. Él esta ciego y nada conseguirá abrirle los ojos... no, nada podrá abrírselos, después que ha tenido tanto tiempo la verdad ante sí, completamente en vano. Se casará con ella, y será infeliz y desgraciado. “Con el cariño que me tiene Marie”. No puede ser más absurdo. Ella no quiere a nadie más que a sí misma y a su hermano. ¡Que sus amigas “la llevan extraviada hace años!” Lo más fácil es que ella las haya descaminado. Acaso todas han estado pervirtiéndose unas a otras; pero si es cierto que el entusiasmo de las otras por ella es mucho más fuerte que el de ella por las otras, tanto menos probable es que haya sido ella la perjudicada, excepto por las adulaciones. “No puedo dejarla”. Lo creo firmemente. Es un cariño que le dominará toda la vida. Él cree que es la única mujer. Típico de la limerencia. Increíble que lo mismo pasa en los hombres que en las mujeres. Aunque la estadística dice que son más las mujeres quienes no ven posible amar a otra persona. Él dice que si tanto le acepta, como si le rechaza, su corazón estará unido al de ella para siempre. ¡Oh!, escríbele, escríbele. Acaba de una vez. Pon término a esta incertidumbre. ¡Decídete, entrégate, condénate a ti mismo!

No obstante, tales sensaciones se acercaban demasiado al resentimiento para que guiaran por mucho tiempo los soliloquios de Birgitte. Pronto estuvo más aplacada y triste. El tierno cariño de Ignatius, sus expresiones amables, su trato confidencial, la impresionaban vivamente. Era demasiado bueno con todos. En resumen, se trataba de un correo o email que no lo cambiaría por el mundo entero y cuyo valor nunca apreciaría bastante. En esto acabó la cosa.

Y luego estaba la desgraciada noticia de su hermano enfermo, aunque parece que ha superado el estado alarmante de esa enfermedad y que podrá curarse. Ojalá sea así.

Capítulo 19

Era alegre para Birgitte no perderse el encanto de la primavera en la cuenca maya del Mirador. No sabía hasta qué punto podían deleitarla el brote y el crecimiento de la vegetación. ¡Y cuánto había así fortalecido su cuerpo como su espíritu, contemplando el progreso de esta estación que no podía, a pesar de sus veleidades, dejar de ser cautivadora! ¡Y observar sus crecientes encantos, desde las primeras flores en los rincones más cálidos, hasta el verdecer en los plantíos que rodeaban la escuela, como la gloria de sus bosques! No perderse tales placeres, el aire puro y los fragantes olores, la libertad de la naturaleza, la vegetación y su aroma eran estímulos que ella veía para sentirse bien allí. Sin embargo, no se sentía bien y sentía pesar ante la convicción de que la echaban de menos en Oxford o de que allí podía estar siendo más útil a todos.

Aunque Birgitte se sintió inclinada a considerar la influencia de Londres muy contrapuesta a todos los nobles afectos. Veía la prueba de ello en Marie y en Frederick y en algunas de sus antiguas amigas. El afecto de Marie por Ignatius había sido noble, el aspecto más noble de sus sentimientos, y en su amistad hacia la misma Birgitte no hubo nada censurable. ¿Pero dónde quedaba ahora uno y otro sentimiento? Llevaba Birgitte tanto tiempo sin recibir correo de ella, que tenía algún motivo para no hacer caso de una amistad que daba tan pocas señales de vida. Llevaba varias semanas sin tener noticias de ella.

Diose cuenta de que llevaba ya dos meses casi allí y que se acercaba el día de su regreso. Los rayos de sol que entraban de lleno en su habitación, en vez de alegrarla, aumentaban su melancolía. La luz solar en esa estación tenía el poder de un resplandor, pero un resplandor sofocante y hasta enfermizo, y sólo servía para resaltar las manchas de polvo. Se encontraba, por el contrario, envuelta en una llamarada de opresivo calor, en una nube de polvo movedizo, y Birgitte no despertó de su ensimismamiento hasta que sujetó en sus manos el billete de avión reservado para su regreso. Sólo la entristecía tener que dejar a Alma allí y no poderla llevar consigo, pero había escrito una carta a la directora de la escuela comunicándole sus progresos y le recomendaba la necesidad de que ella fuese a un buen colegio con un buen nivel y que era una niña que podía estudiar. Le rogaba que así lo hiciera. Ella también le había adjuntado una carta de recomendación para que la extendiese a otros centros que pudieran hacerse mejor cargo de la niña. También le gustaría mantenerse informada de aquí en el futuro en todo lo que fuese el aspecto de la educación de la niña.

No había nada como la actividad, una premiosa, indispensable actividad, para ahuyentar las penas. Una ocupación, aun siendo melancólica, puede disipar la melancolía; y las ocupaciones de Birgitte eran un compendio de ilusión. Abrazó a Alma lo más fuerte que pudo y le dijo que le escribiese y que ella la llamaría para estar atenta a su desarrollo y a sus progresos, y que algún día podría venir a verla a Londres, porque ella iría a recogerla. A partir de ese momento tenía tanto que hacer, que no tenía tiempo ni para estar triste. Esperaba estar en el aeropuerto de Londres en las veinticuatro horas siguientes.

Capítulo 20

Hacia las ocho de la mañana estaba Ignatius en la sala de llegadas del aeropuerto de Londres. Sólo la idea para Birgitte de que iba a verle enseguida, a tenerle tan cerca, hizo que al llegar ella no pudiera dominar su emoción cuando lo vio. Ignatius estaba solo y se dirigió a ella inmediatamente, y Birgitte se sintió oprimida contra el corazón de él, en un tierno abrazo, mientras escuchaba sólo estas palabras, apenas articuladas:

—¡Mi Birgitte!... ¡qué bien que ya has llegado!

Ella no pudo decir nada, y tampoco él pudo añadir más durante unos minutos.

Ignatius se apartó para serenarse, y cuando habló de nuevo, aunque su voz vacilaba todavía, mostraba en su actitud el deseo de dominarse.

—¿Has desayunado ya? Podemos tomar un café antes. Luego cogeremos el coche. Lo tengo en el parking—fueron frases que se sucedieron rápidamente.

Tomaron un café rápidamente en el restaurante del aeropuerto. Ignatius estaba algo inquieto. Era evidente que sufría bajo esa apariencia de emociones leves, que estaba decidido a reprimir. Birgitte comprendía que aún no sabía toda la historia y que de un momento a otro se enteraría.

Ya estaban completamente dispuestos cuando Birgitte e Ignatius empezaron a alejarse en el coche, y el corazón de Birgitte quedó henchido de gozo y gratitud cuando pasaron las barreras del aeropuerto de Londres y se dirigían a Oxford.

Parecía que iba a ser un viaje silencioso. Birgitte percibía con frecuencia los profundos suspiros de Ignatius. Él no sabía si abrirle su corazón, a pesar de todas las resoluciones. Birgitte le observaba con inagotable solicitud; y, a veces, al tropezarse sus miradas, renovaba en él una afectuosa sonrisa que la consolaba.

Ignatius, particularmente impresionado, con voz baja, pero con acento expresivo:

—Estoy sufriendo por algo que tengo que decirte y no te va a gustar. Es sobre Frederick. Le vi

en Londres y no estaba solo. Estaba con esa antigua novia suya que era profesora. Fuimos a casa de unos amigos de Marie. Pero pude ver que se marchaban juntos, pero lo peor fue que miré desde la ventana de la casa, desde la planta baja, y vi cómo se besaban desde allí en el interior de su coche, que lo tenía aparcado en la acera. No era un beso normal, te lo puedo asegurar. Pero no sufras... Yo también estoy sufriendo. ¡Cómo se puede concebir que un hombre, después de quererte, pueda abandonarte así!

Birgitte no decía nada, parecía extenuada. Su rostro algo desmejorado por el viaje y por la vida de privaciones que había sufrido en Guatemala, él lo atribuía, por ignorar estos perjuicios, a que ya se podía haber enterado de la noticia, pues era un rumor en todo el departamento. Pero ella nada sabía y Marie no le había dicho nada específico, sólo que no diera créditos a algunos rumores que se habían oído en la facultad.

—Marie me dijo que no era cierto.

—¿Marie te dijo eso? ¡Oh! ¡Considera tu caso... pero considera también el mío! Cuando hablé con ella de lo nuestro, me dijo que no era partidaria del matrimonio, pero que le gustaría tener una relación liberal conmigo y estar abierta a más relaciones. Ella me decía, además, que no te dijéramos lo de Frederick con esa profesora, puesto que sólo había sido un desliz de esa noche y que él no pensaba seriamente en esa relación, sino que él seguía enamorado de ti. No pude dar pábulo a sus palabras. Tanta era su frivolidad, su liberalidad. Para ella no estaba mal lo que había hecho Frederick, sino que además debíamos guardarlo en secreto, es decir, para ella el delito estaba en la falta de discreción y no en el hecho. Pero todo ha cambiado cuando hemos sabido que la profesora vino al departamento y estuvo gritando y manteniendo una disputa con Frederick por haber jugado con sus sentimientos. Por lo que Marie no tenía razón si creía que no era más que un flirteo. Pero Birgitte, comprenderás, no puedo confiar ya más en ella. No es la perversidad que muestra con su conducta, es que no tiene ningún principio. No me quiere, sólo quiere jugar conmigo. Tal vez más adelante nos casemos, me ha dicho. Pero a mí ya me ha quitado todas las ganas. No sé cómo he podido estar tan ciego.

Esa parte del viaje ocupó una larga jornada de confesiones que los dejó a los dos bastante extenuados. No pararon ya hasta llegar a Oxford y dejarla en su casa, y la ayudó con la maleta. Luego la invitó a almorzar en algún sitio recomendable. Necesitaba hablar y estar con ella.

—¡Birgitte, mi Birgitte, mi único consuelo, mi única amiga!

Se había acercado a ella para coger su mano y ella respondió de igual forma apretándola contra la suya.

Al llegar a Oxford su mirada penetró en el parque de la facultad, en pleno verano, donde su percepción y el placer de ver su verdor era culminante en aquel momento. Su mirada descubría por todas partes céspedes y plantíos del verde más tierno; y los árboles, aunque no del todo vestidos, se mostraban en ese estado en el que el perfeccionamiento de la belleza se siente pronto y en que, aun cuando es ya mucho lo que se ofrece a la vista, queda más todavía para la imaginación. Su gozo, empero, era sólo para ella. Ignatius no podía compartirlo. Ella le miraba, pero él se mostraba sumido en una tristeza más honda que nunca y con los ojos cerrados, como si le abrumara ver la satisfacción de ella al encontrarse en la facultad otra vez. Pero esto hizo que Birgitte se entristeciese de nuevo.

Pero intentaron buscar un sitio acogedor en uno de los más afamados restaurantes universitarios. Pero antes entre las galerías se encontraron con una de las más notables personas pertenecientes al grupo del departamento, su director, que también esperaba con impaciencia por saber de su regreso y del feliz acontecimiento por haber acabado la tesis. El director se acercó a ella, depositando un fraternal abrazo y dijo:

—¡Birgitte, querida profesora! Ahora pronto tendremos el consuelo de buscarte un tribunal para tu tesis.

Capítulo 21

Ignatius al acusar una auténtica aflicción, parecía que se habían entumecido todas sus energías activas. Se había sentido solitario, abandonado, desamparado por igual, y ahora el tener que departir con los otros en el departamento no hacía más que poner de relieve su desventura. Pero él trataba de hacer un esfuerzo por enterrar sus sentimientos. Y el tener a Birgitte allí era una verdadera ayuda.

Hablar del tremendo caso con Birgitte, hablar y lamentarlo era todo el consuelo. Escucharle y conllevar sus penas, y brindarle la voz del cariño y la simpatía, era todo lo que Birgitte podía hacer. Su afección no era infinitamente aguda ni su espíritu tan tenaz. Pasado algún tiempo él volvería a encauzar sus pensamientos hacia otros temas y resucitar algún verdadero interés por su vocación académica. Birgitte se enteró por él de algunos detalles que se habían traslucido ya.

Para Birgitte no había duda de que Ignatius quedaba para siempre apartado de Marie, aun cuando mantuviesen una relación puramente de trabajo. Y sin embargo, en tanto no supo que él pensaba lo mismo, no le bastó a Birgitte su propia convicción. Creía que él pensaba así, pero necesitaba asegurarse de ello. De haber querido Ignatius hablarle ahora con la misma franqueza que antes, que a veces había resultado excesiva para ella, hubiera sido un gran consuelo. Pero esto, bien lo veía Birgitte, no cabía esperarlo. Cuando le veía en el departamento él evitaba encontrarse a solas con ella. ¿Qué podía inferirse de tal actitud? Tal vez sentía con demasiada agudeza para poder hacerle objeto de alguna confianza. Se limitaba a ir a dar sus clases pero ya no se quedaba a estudiar en el despacho con ella, ni parecía que le importase su propia tesis. Se sometía, pero dentro de unas agonías que no admitían palabras. Mucho, mucho habría de esperar hasta que el nombre de Marie volviera a salir de sus labios o se renovara aquel intercambio confidencial que antes existiera entre ellos.

Era una lluviosa tarde de final de viernes con el fin de semana a las puertas, cuando ellos coincidieron en el despacho después de las clases, momento ideal como no existe otro para, si se tiene a mano a una persona amiga, sentir la necesidad de abrir el corazón y contarle todo. Ignatius se había sentado junto a ella al entrar. Era imposible no hablar. Y así con sus habituales preámbulos, sin relación apenas con lo que iba a decir, y su habitual declaración de que si quería escucharle unos minutos, sería muy breve y nunca más volvería a abusar de aquel modo de su generosidad, se entregó a relatar circunstancias y sensaciones a la única persona de cuya afectuosa

simpatía estaba convencido.

—No ha sido sino mi vanidad lo que me hacía creer que ella me amaba. Cuando la vi la última vez me hizo una sonrisa llena de juego guiñando el ojo, con seducción. Estuve a punto de caer en la tentación y de perdonarla. Pero me resistí al final. No. Podrá hacerme su juego. Tendré que llevar con ella una relación estrictamente profesional. Tendré que reprimirme y ser duro. Pero yo sé que lo seré. Creo que ha perdido todo el encanto. Sobre todo cuando me habló de su dinero y del mío y del que íbamos a tener si invertíamos en la bolsa. Creo que la he sobrestimado. Ni siquiera me parece alguien brillante. Su pensamiento político es caótico. No tiene un concepto de lo que puede significar el siglo XXI.

—Yo pronto tendré el Tribunal de mi tesis y van a venir muy buenos profesores. Tal vez puedan conocerte y tengas la posibilidad de doctorarte y todos estaremos mejor situados. Pero no cometas una locura por el cariño de ella. Ella piensa que te ama pero yo no lo creo. Es alguien que no es capaz de tolerar a nadie por encima. Es sumamente orgullosa.

—Así es. Lo que quiere es que me someta. Pero Birgitte mi corazón no está vacío, no lo ha estado, sino que yo no me daba cuenta. Tú has estado allí también... Estoy seguro ahora. Tú eres un tipo muy distinto de mujer, ya sé. Tal vez no es el prototipo típico de la mujer que seduce más a los hombres, pues también nosotros necesitamos vencer ese miedo o timidez. Tal vez no lo comprendas. Pero tú has estado ahí y siempre me has dado cariño, te has convertido sin saberlo en alguien muy querido, con todas tus sonrisas, y en todos los aspectos. Casémonos Birgitte. Enseñémosles al mundo lo que es un amor sencillo pero verdadero. Venzamos el orgullo y seamos persuasivos. Mi afecto es tan profundo por ti, que es la base suficiente para mí, para decirte lo que te digo y para cimentar cualquier cosa que pueda significar un futuro juntos.

Birgitte no sabía qué decir con la emoción del momento, pero extendió una amplia sonrisa y dijo:

—Bueno, ahora no te pongas impaciente por casarse. Seamos humanos, Ignatius. Pero me ha llenado todo lo que me has dicho. Sí, ya tenías mi amor de antes. Y lo tienes mi amor ahora, ya lo sabes. Yo también he sufrido tanto con tus desavenencias y con el error de Frederick, que ahora todas las cosas me parecen mentira. Pero no nos precipitemos...

—Casémonos ahora inmediatamente. La tesis la dejaremos ahí aparcada. Somos nosotros lo primero de todo. El poder vivir y amar, que es lo más importante.

Se acercaron hasta fundirse en un beso, sintiendo un cosquilleo hasta estremecerse, y él la miró a los ojos sonriendo con ternura.

Una vez emprendido, y dándose cuenta de que así lo hacía, este camino en pos de la felicidad, nada hubo por el lado de la prudencia que pudiera a él detenerle o retrasar su marcha... ninguna duda en cuanto a los merecimientos de ella, ningún temor en cuanto a gustos opuestos, ni nada de esforzarse en bosquejar nuevas esperanzas de felicidad basándose en una disparidad de caracteres. El espíritu, la disposición, las opiniones y los hábitos de Birgitte no requerían encubrimientos, ni hacerse vanas ilusiones ni que tuviera que fiarse a un futuro mejoramiento. Hasta en el rigor de su reciente obcecación, había él reconocido la superioridad espiritual de Birgitte. ¡Cuál no sería ahora su apreciación de la misma! Ella era, desde luego, demasiado para lo que él merecía. Pero como nadie se figura nunca estar aspirando a más de lo que se merece, Ignatius se puso a perseguir aquel favor hasta conseguir que ella le alentase. Aun con lo tímida, prudente y recelosa que ella era, resultaba imposible que una ternura como la que guardaba su corazón no diera lugar a maravillarse de su entrega. La felicidad de él, por la sorprendente verdad, de saberse amado por ella desde hacía mucho tiempo antes y por un corazón como aquél, debió de representar unos momentos inefables. Pero también la felicidad sentida por la otra parte fue de las que no caben en los límites de una descripción. Y más para Birgitte, si cabe, al obtener la seguridad de un amor para el que apenas antes se atreviera a guardar una esperanza.

Y en la fusión de sus corazones ambos jóvenes hallaban el mutuo consuelo de sus respectivos desengaños.

El jubiloso consentimiento para la boda se dio. Y Birgitte con su bondad esparció un caudal de consuelo inigualable para todos los presentes allí.

ACERCA DEL AUTOR

"ESTHER LLULL es autora de diversos libros, entre ellos El amante Sumerio, El amante de ética, El hombre con el niño en sus ojos. Ella estudió Derecho e hizo un postgrado en Filosofía, Moral y Política y es autora de varios libros. "Me gusta sonreír con la escritura pero también me gusta la escritura seria. Hay muchos libros de filosofía que me encantan y libros de ficción."
estherllull.com